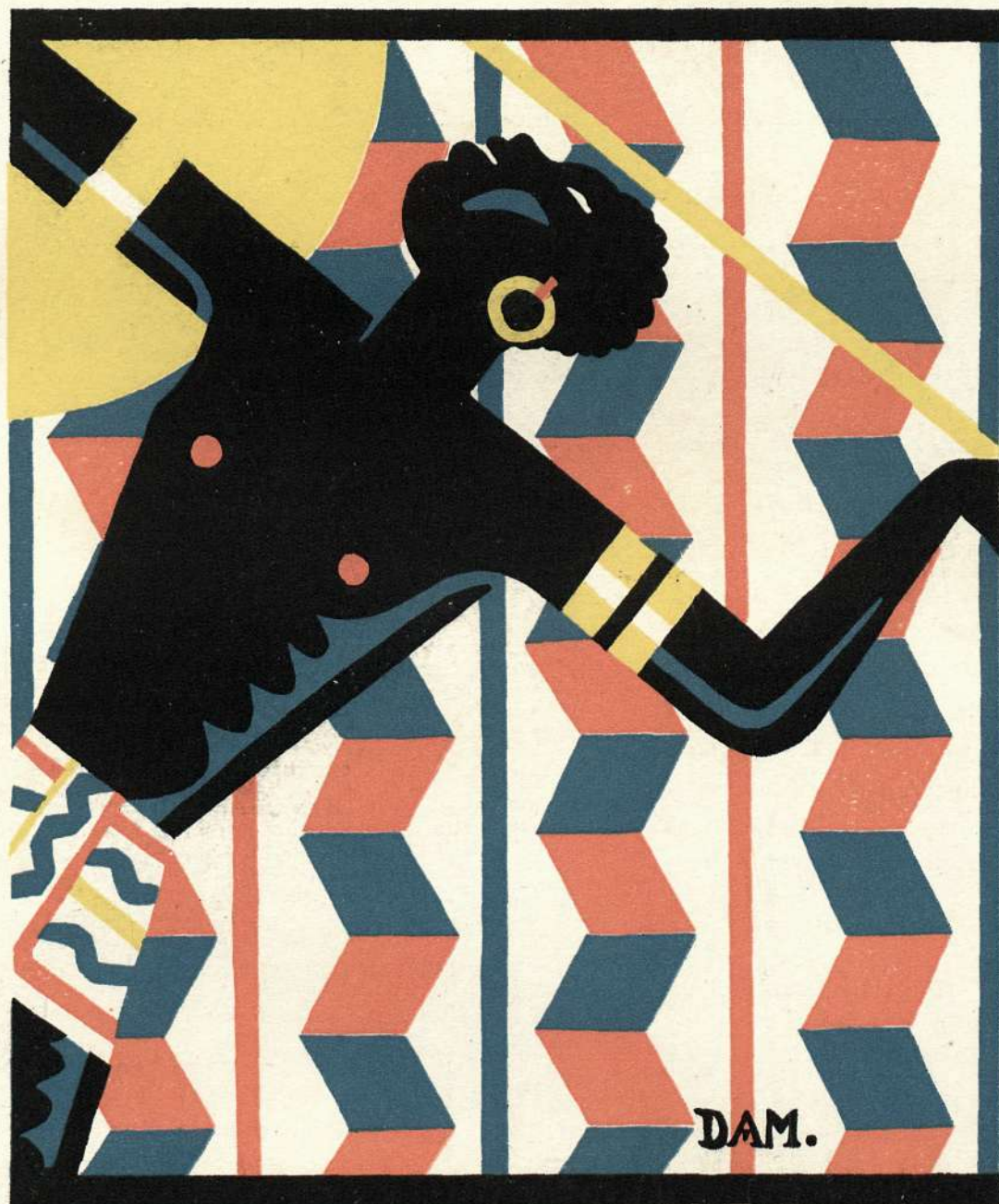


AFRICA



EPOCA SEGUNDA. AÑO OCTAVO

ABRIL 1932



DOMICILIO SOCIAL: VIA LAYETANA, 2.--BARCELONA
REPRESENTACION: PLAZA DE LAS CORTES, 6.--MADRID

SERVICIOS DE CORREOS

LÍNEAS DEL NORTE DE ÁFRICA

De Málaga para Melilla y viceversa, diario; de Algeciras para Ceuta y viceversa, diario; de Algeciras para Tánger y viceversa, diario; de Cádiz para Tánger-Ceuta y viceversa, semanal; de Cádiz para Tánger y viceversa, semanal; de Cádiz para Larache, los días 1, 5, 10, 15, 20 y 25 de cada mes; de Larache para Cádiz, los días 2, 6, 11, 16, 21 y 26 de cada mes.

LÍNEAS DE CANARIAS

De Cádiz, todos los domingos a las 15 horas; de Barcelona (servicio rápido quincenal), el jueves cada dos semanas; de Barcelona (servicio quincenal con escalas en los principales puertos del Mediterráneo y Norte de África), el miércoles cada dos semanas.

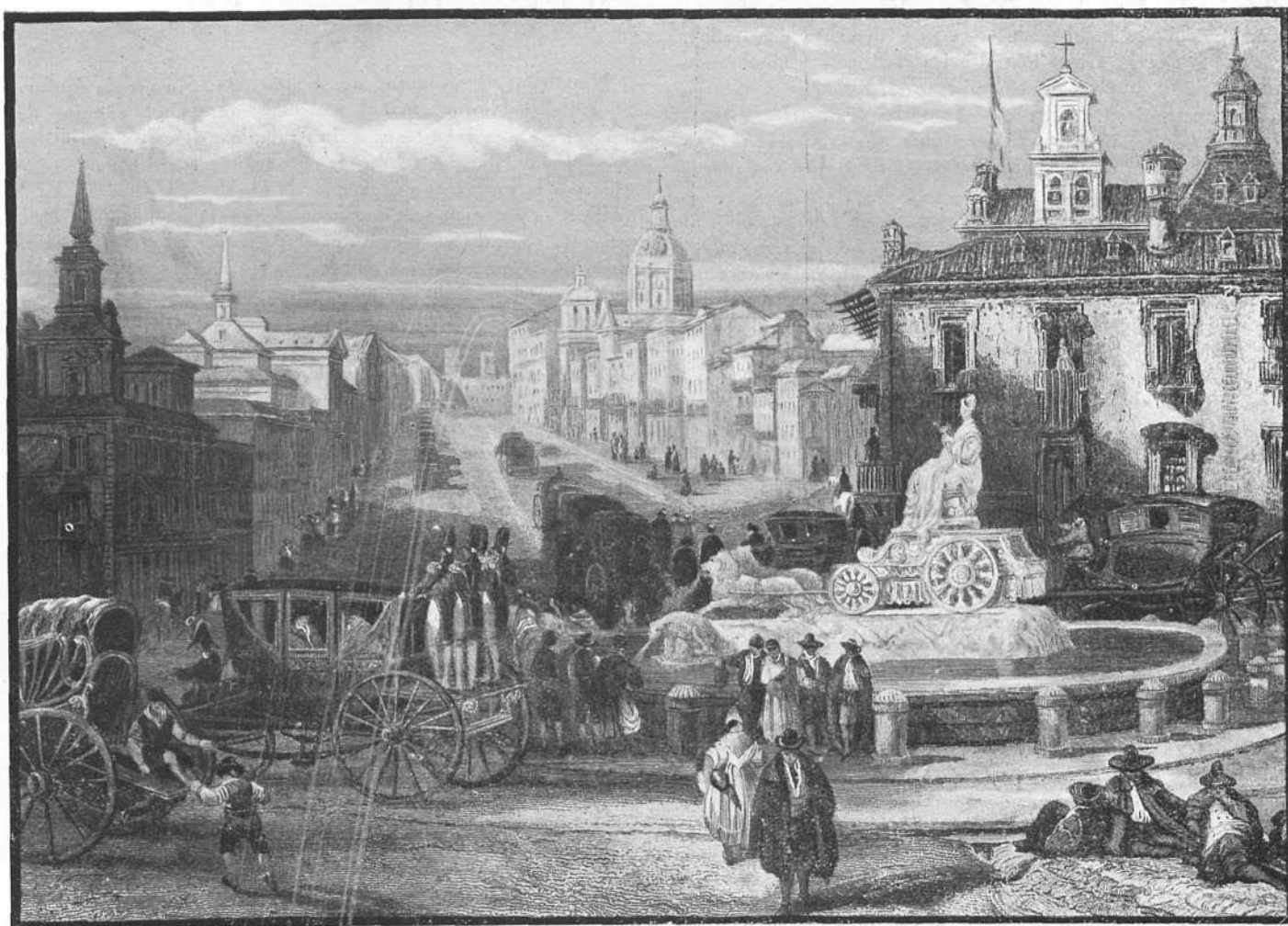
LÍNEAS DE BALEARES

Comunicaciones directas, regulares y rápidas desde Barcelona, Tarragona, Valencia y Alicante para todos los puertos de Baleares y viceversa. Servicio mensual entre Marsella-Palma de Mallorca-Argel y viceversa.

SERVICIOS COMERCIALES

Línea regular semanal con salidas los jueves de Barcelona para los puertos españoles del Mediterráneo, Norte de África, españoles del Atlántico y Cantábrico hasta Bilbao y viceversa. Líneas regulares entre Barcelona-Valencia, Barcelona-Alicante-Orán y Barcelona-Castellón-Candía y viceversa en los tres servicios. Líneas regulares de carácter semanal entre España, Inglaterra y viceversa.

Para más detalles, dirigirse a las oficinas de la Compañía o de sus Consignatarios en cualquiera de los puertos de España, Baleares, Norte de África, Canarias e Inglaterra.



Madrid a principios del siglo XIX. Calle de Alcalá

EL ESTRECHO DE GIBRALTAR

EPISODIOS PRINCIPALES DE UNA TRAGEDIA HISTÓRICA

I



N la Historia de la independencia peninsular (las Historias corrientes dicen solo española, pero dicen mal, como siempre) el Estrecho de Gibraltar queda aparentemente en segundo término. En el primero aparecen Lisboa y Cádiz diciéndonos que el mar es el elemento decisivo de la tragedia. La tierra es el elemento pasivo. Y siendo el mar el elemento activo y el Estrecho el punto estratégico vital, por juntarse en él los dos principales mares, en él está la clave del problema estratégico aunque no lo parezca. La faz de la guerra napoleónica hubiera cambiado totalmente de hallarse el Peñón en manos de Francia o de España y sirviendo de punto de apoyo a un poder naval considerable.

La reacción contra el invasor no comenzó en Madrid el 2 de Mayo de 1808 como también dicen, engañando al público, las referidas Historias, sino en Lisboa el 15 de Noviembre de 1807.

Referiré brevemente este capítulo esencial de la Historia verdadera.

II

El tratado de Fontainebleau asustó al gobierno portugués, igual en flojedad, idiotéz y abyección al español. Tan mal andaba de la cabeza la parte menor de Iberia como la mayor. De Lisboa contestaron a la amenaza secuestrando las mercancías inglesas como Napoleón mandaba; obligando al Embajador inglés, Lord Strangford, a embarcarse en la escuadra de su nación en el Tajo fondeada, y pidiendo a Murat la mano de una hija para casarla con el príncipe de la Beira. Inútil humillación. Junot recibe orden de seguir adelante con sus 20.000

hombres. Alega que carece de víveres. Napoleón contesta que entre en Portugal aunque no los tenga, porque 20.000 hombres pueden vivir en un desierto. Aquí no se sabe quien discurre peor de los dos generales: el loco genial o el loco sin genio.

Junot, a remolque de Napoleón desde que éste le tuviera a su servicio como secretario en el sitio de Tolón, era impulsivo y, naturalmente, irreflexivo. Empezó la marcha mientras el general español Carrafa, que no sabemos lo que era, faltando sus huellas en la Historia, entraba con algunas tropas por Alcántara. (19 Noviembre). No llevando víveres quitaron a los aldeanos cuanto tenían, robando y matando. ¡Gloriosa guerra! El 29 llega Junot a Abrantes con su ejército en orden perfectamente disperso, aspeado y hambriento. De haber habido ejército portugués, por mínimo que fuese, de allí no pasara el francés, como no pasó el de Aranda en la campaña que ya conté.

Viéndole llegar, la diplomacia inglesa ya actúa con decisión y acierto. Desembarca Lord Strangford y sin manifestar rencor por el embargo de las mercancías inglesas trae al gobierno portugués paternales consejos salvadores. De sobra sabe que ahora es cuando las mercancías están perdidas sin remedio. ¡Bueno es Junot, y buena su gente, para desperdiciar tan bella ocasión de salir de apuros! Lo que tiene que hacer el gobierno es embarcarse y poner agua de por medio. Allí está la escuadra de Su Majestad Británica para proteger la fuga. Además el Emperador francés, omnipotente en tierra es impotente en el mar, donde nadie navega sin permiso de libre circulación expedido en Londres. (Esto es lo que se llamó entonces, y sigue llamándose por la Cancillería inglesa, libertad de los mares).

El gobierno portugués fácilmente se deja persuadir por la sirena británica. El 25 sale un decreto del Príncipe Regente

(el Príncipe D. Juan, luego D. Juan VI, mentecato famoso ejerce el poder en nombre de su madre demente declarada), manifestando que la Corte partía para el Brasil, y nombrando una Junta de Regencia para administrar el Reino, con encargo especial de recibir muy bien a los franceses y alojarlos cariñosamente. El 29 la caravana marítima partía, cargada con cuantos magnates ilustres y bien provistos de títulos y condecoraciones en ella cupieron.

A las 9 de la mañana siguiente entraba en Lisboa Junot al frente de 1.500 desarrapados macilentos, que más se arrastraban que caminaban. Dos compañías hubieran bastado para aniquilar la invasión francesa. Pero no las había. El Estado portugués era, como el español, una sombra. Instalóse tranquilamente Junot, y a su alojamiento pasaron los Regentes a ofrecerle sus respetos. Al mismo tiempo entraba el general español Solano en Elvas. Otro general, Taranco, pasaba el Miño con 6.000 hombres, no con 10.000 como decía el tratado. En O-Porto se le unió Carrafa.

Junot no se contentó con los laureles de su fácil victoria. Semejante a casi todos sus colegas de las mesnadas napoleónicas, gustaba de mezclarlos con monedas. Tenían en poco la gloria sin provecho. Empezó por imponer una contribución de 2 millones de cruzados. Después, sin perder minuto, confiscó los bienes ingleses que los portugueses habían secuestrado obedeciendo al Emperador. Finalmente, apoderóse de cuantos objetos preciosos había en los Palacios Reales, asociándosele celosamente en la operación los oficiales y generales de su desmedrado ejército, no menos ávidos y entusiastas que él de cosas valiosas de propiedad ajena. En esto fueron excelentes los imperiales ejércitos, de los que se dice que esparcieron por Europa las ideas de la revolución francesa, pero de los que con mayor exactitud se puede afirmar que recogieron cuantas joyas y riqueza transportable encontraron por Europa para llevarla a Francia. Y si me arguyeren que otras naciones han hecho lo mismo, respondo que esta es la guerra: el arte de esparcir novedades y recoger antigüedades de precio, y que si las místicas Cruzadas fueron de otro modo, consistió la diferencia en que los cristianos invasores no tenían ideas que esparcir. Las hallaron en abundancia, las aprovecharon a su gusto, y adelantaron algunos pasos en civilización. El Cristianismo se islamizó, con lo que la bárbara Europa dió largos pasos hacia adelante.

Démoslos nosotros hacia atrás y volvamos a la invasión francesa en Portugal.

El alto clero del Reino, enemigo de la impiedad francesa, no habiendo podido construir una segunda arca de Noé (cual lo fuera, en puridad, la escuadra que transportaba a la familia Real y a sus servidores), que le pusiera a salvo de aquel diluvio de herejes y masones, decidió amoldarse a las circunstancias, y allá fué el Cardenal Patriarca, seguido del Inquisidor General y otros Prelados devotísimos y patriotas, a saludar a Junot y ponerse a sus órdenes humildemente, con lo que todos quedaron confirmados en sus puestos, perdiéndose el honor pero salvándose el resto.

Junot, vencedor sin lucha y acatado sin vergüenza, organizó una gran parada de sus tropas, secas y cosidas las empapadas y desgarradas ropas, repletas las barrigas, limpias, compuestas y relucientes las armas, y sobre todo ello hizo flotar al viento la bandera tricolor.

El pueblo, que hasta entonces no había dicho nada, estimando cosa de poca monta el cambio de amos, llevó muy a mal el aparato bélico y el trueque de símbolos. Porque entendiérase que más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer, o porque su instinto, guía de las muchedumbres, la mayor parte de las veces conductor más seguro que el discurso de los gobernantes, le avisase de que no se trataba de gobernarle sino de robarle (y harto veía por las muestras que iba a haber robos) el pueblo alborotóse. Formáronse corrillos; surgieron oradores subversivos; gritóse ¡a las armas! y corrió a atacar a los franceses. Sin jefes, sin organización, sin armamento adecuado, fué vencido por las horda de Junot. Pero cúpole el alto honor de inaugurar la lucha.

Madrid siguió a Lisboa con 5 meses de retraso.

III

Napoleón, entre tanto, no se descuida. Sin previa conformidad del gobierno español pasa la frontera el ejército de Dupont: 24.000 infantes y 3.500 caballos. Siguele, a primeros del 8, el mandado por Moncey. Ambos cometen desmanes que despiertan la hostilidad del pueblo. No la de la Corte. La Real Familia, en no mejor estado mental que la portuguesa, y en peor estado moral (en plena descomposición), divídese en bandos: el hijo contra los padres; los padres mas Godoy (eran un terceto) contra el hijo. Napoleón, que cree dar certeros golpes decapitando a las sociedades peninsulares, envía tropas numerosas y aguerridas, y llama a los Reyes de España a Francia. Dicen algunos que Godoy aconsejó a sus socios, el Rey y la Reina, la fuga a América, siguiendo el ejemplo de los Braganzas. Pero supolo el pueblo de Aranjuez, poco pueblo y mal aconsejado; amotinóse para impedirlo; frustróse el proyectado viaje a Sevilla; abdicó Carlos IV; y de allí a poco tomaba la familia Borbónica, en vez del camino de América, el de Bayona; no la vía marítima sino la terrestre. Consecuencia de la situación geográfica de las capitales respectivas.

Ocurrieron estos magnos sucesos en los meses que van de Noviembre de 1807 a Marzo de 1808. El 5 de Mayo siguieron Carlos IV y Fernando VII vendían España a Napoleón. Dice así el art. 1.º de la escritura de venta:

«Su Majestad el Rey Carlos, que no ha tenido en toda su vida otra mira que la felicidad de sus vasallos, constante en la idea de que todos los actos de un soberano deben tender únicamente a este fin; no pudiendo las circunstancias actuales ser sino un manantial de disensiones, tanto más funestas, cuanto las desavenencias han dividido su propia familia, ha resuelto ceder, como cede, por la presente, todos sus derechos al Trono de las Españas y de las Indias, a Su Majestad el Emperador Napoleón, como el único que en el estado a que han llegado las cosas, puede establecer el orden».

Seguíanse la renuncia del Príncipe D. Fernando y el precio de la venta.

No era caro. Una renta de 30 millones de reales anuales, pagaderos por mensualidades, para D. Carlos; dos millones de reales anuales para la Reina; 400.000 francos para cada uno de los infantes; 600.000 para el Príncipe de Asturias, con la añadidura de unos cotos, palacios y haciendas en Navarra. Quedaba también recibido, como apéndice de la Real Familia, el Príncipe de la Paz, ya que Carlos declaró que sin él no podía vivir.

Anticipándose tres días, el pueblo de Madrid había anulado la venta. Confirmaron la anulación los combates de Cabezón de Pisuerga (12 de Junio) de Mallen, Gallur y Alagón, y las dos derrotas de los franceses en el Bruch (7 y 14 de Junio), pero más especialmente dos hechos de consecuencias estratégicas decisivas: la derrota de Dupont en Bailén y el desembarco de los ingleses en la desembocadura del Mondego.

Dupont se había internado en Andalucía saqueando Sevilla y Córdoba. Obligado a retroceder por estar toda Andalucía sublevada a sus espaldas y por la amenaza de ser envuelto por el ejército español de la Capitanía de Granada, no pudo manobrar con la debida rapidez para ganar los pasos de la Sierra. Se lo impedía el enorme convoy de 4.000 carros en que conducía lo robado. Cortóle el paso Reding; quedó envuelto después, y tuvo que capitular incluyendo en la capitulación las fuerzas de Wedell. Pero al mismo tiempo el ejército inglés, mandado por Dalrymple y Wellington, tomaba la ofensiva, y derrotaba a los franceses en Rolisa y Vimieiro. El nuevo Rey, José Bonaparte, solo pudo estar 8 días en su nueva capital. Y a la capitulación de Bailén sigue inmediatamente la de Cintra.

Desde este momento la desembocadura del Tajo manifiesta, en su eficacia estratégica, su alta categoría de cabeza de la Península.

Desarrollaré esta doctrina en el artículo próximo.

Gonzalo de REPARAZ.

Madrid, Abril 1932.

ALGO SOBRE EL UARGA

El principal afluente del Sebu, río el más importante de Marruecos y aún de África Septentrional después del Nilo, es el Uad Uarga que confluye con el primero en la región del Gharb, junto al lugar conocido por los indígenas con el nombre «El Mugran».

Es el Uarga, tema obligado en nuestros tratados y convenios con los franceses y las cabilas ribereñas de la orilla derecha, deben despertar curiosidad y atención constante de todo buen español amante del engrandecimiento de su Patria. Esta idea me lleva a decir algo sobre él.

Según el Bekri, «la montaña de los Guin da también nacimiento al Uarga, uno de los ríos más célebres del Mogreb». Sitúa también el río Nekor como naciente en estas mismas montañas, vertiendo aguas hacia el Norte. No debió sin duda el Bekri visitar esta región, porque si no, otros habrían sido los informes que nos legara. Las fuentes del Uarga y del Nekor, no tienen su origen en el mismo macizo montañoso y buen número de kilómetros de terreno caótico las separa.

Añade el Bekri que la palabra «UARGA» significa en «tamasigt» (1) del país «oro» jallá él con la responsabilidad de esta afirmación, por nosotros no compartida! Poco versados en cuestiones etimológicas, soslayaremos tan áurea denominación, limitándonos a dar alguna noticia sobre el nacimiento del curso de agua que tanta importancia tiene en nuestra zona, de límites, dejando para mejor ocasión los relatos escuchados próximos a la tetera en algún perdido *ech-char* de la montaña, al pacienzudo Fakih que me contaba los orígenes de algunas riquezas actuales sacadas de las laderas de Yebel Ars, en su vertiente Sur.

Nace el Uarga en un estrechísimo valle limitado por las estribaciones del Yebel Tidiguin (2.474 m.) al Norte, y por la cadena del Yebel Ars al Sur, cumbres cuyas máximas altitudes están en el Yebel Tagsut (2.333 m). Ambos colosos se encuentran frente a frente con sus laderas cubiertas de enhiestos cedros separados bruscamente por un paso de no difícil acceso, llamado Bab el Bagla (puerto de la mula). Simétricamente al Uarga nace el Uad Beni-Aissi, sirviendo Bab el Bagla de división entre Ketama y la reducida cabila de Beni-Bunsar.

Hemos visto que el Bekri da como nacimiento del Uarga la montaña de los Guin, lo que nos afirma en nuestra idea de la variación de un nombre primitivo que debió tener la montaña hasta llegar al actual; Tidiguin, marcadamente bereber. Corre entre los simpáticos senhayis regados por sus aguas, la leyenda de que en el Diluvio que anegó la tierra, el monte en cuestión emergió de las aguas y allí Sidna Noh (Noé), ancló su célebre arca para esperar a que fueran apareciendo los nuevos continentes y que tan aireado lugar fué elegido para asiento de su tumba. En esto como en todo, sólo Dios lo sabe... Un santo varón, conocido por Sidi Guin, eligió mucho después como lugar de retiro tan elevado emplazamiento, y en su tumba se alza un mo-



Yebel Tidiguin, visto desde Yebel Ars

rito—de construcción clásica de la montaña senhayi—donde se venera su memoria en la romería anual (amara), que en el mes de julio celebraban las cabilas de Senhaya es-Serair y Ketama, antes de que Abd el Krim utilizara todos los hombres aptos para las guerras del Uarga. Allí en animadas y pequeñas caravanas, hombres, mujeres y chiquillos, subidos los menos en famélicos mulos, encaramado algún cherif en desmedrado caballo, subían *ketamis* y *seddatis* por la empinada cuesta de Azila hasta el Bab Taia Nisant, donde se encontraban con los *senhayis* del sur que con decisión sin igual escalaban el monte, Amaaktan arriba, formando un abigarrado conjunto, donde destacaba la nota multicolor de los pañuelos fasi de seda, que aquel día estrenaban las mujeres que con pies descalzos, rivalizaban con los hombres en la fuerte ascensión, a pesar de la carga, donde alternaba el chiquillo soñoliento y a veces berreante, con los modestos útiles de cocina.

La romería era una continua alegría, las yemaas sacrificaban sus reses y en pequeños hogares establecidos con piedras, se guisaban por expertos y se vigilaban por desconfiados, comiéndose después los restos de la partición correspondiente por familias agrupadas. Una vez preparado el estómago, empezaba el baile en corro de las mujeres, entonando sus canciones, en la que no faltaba la puya a algún soltero, el vaya a los engreídos y las alabanzas a los *chorfas*. Allí lucían sus destrezas la gente joven, disparando las espingardas que algún «maalem» *tagsuti* con minuciosa paciencia había decorado, y hasta es fama que hubo bravo «amazig» que deseoso de destacarse por el ruido de su arma, la cargó hasta la boca de *baro* de fabricación local y no descendió la montaña para restituirse al poblado.

Era costumbre que todos los utensilios y cacharros de la comida quedaran en el santuario, así como los comestibles que no se hubieran podido utilizar y el suelo se llenaba de cucharas de palo, de vasijas, de pasas, de higos, de nueces, botellas de aceite, y en fin de toda la gama de la comida senhayi.

Establecido el santuario en la cima del monte, Diciembre lo conocía ya cubierto de nieve, cuyo blanco albornoz hasta tapaba la puerta, fermentando aquel depósito de víveres allí dejado, ya que los «yenun» para cuyo sustento se ponía, parece que son más frugales de lo que la credulidad indígena les atribuye.

Vanidoso en su fría tumba, debía sentirse Sidi Guin del culto que le profesan los senhayis, aunque éstos olvidadizos de suyo, fueran perdiendo el recuerdo de su origen, la memoria de su nombre, la tradición de sus hechos en vida, llegando hasta igno-

(1) Es menester ir desterrando rutinas que nos hacen llamar a las cosas por nombres que no tienen; así, todo el mundo en nuestra zona llama *chella* al idioma usado por las cabilas bereberes, cuando este dialecto es solo empleado en la región meridional de Marruecos. Al individuo se le llama *cheloj*, palabra bereber derivada de *achloj* plural de *ichlah* cuyo significado es jaima construida con pelo de camello. De aquí que el idioma que habla el *cheloj* se denomine *chella*, pero el bereber de nuestra zona para designar su idioma, no lo llama *chella* como nosotros acomodaticamente, sino *tamasigt*, palabra femenina derivada de la masculina *amasigt* que significa noble, hombre libre.

rar la fecha de su muerte. El Sidi Guin primitivo, berberizándose, se fué trocando en Tidiguin, y así le conocimos los oficiales del bravo Ostáriz, primeros españoles que con respetuoso recogimiento curioseamos su morada. Este es, pues, el origen del nombre con que hoy se conoce la más elevada cima de nuestra zona.

El geógrafo El Bekri vivió en el siglo XI. Como antes me permití criticarlo insertaré lo que analizando su obra y comparándola con la del historiador Masudi, dijo el célebre Ibn Jaldun: «Los dos fueron historiadores, pero el Bekri se ocupó especialmente de itinerarios y de reinos, dejando a un lado todas las circunstancias que no se relacionaran con estos... ¿Quiso hace más de 900 años el incansable viajero significar que en estas montañas vivían los Guin descendientes del santo? O, por el contrario, ¿de la sobrevivencia del nombre toponímico Guin, la imaginación calenturienta de algún fakih sacó la existencia del morabito Sidi Guin? Otra cuestión que sólo Dios elemento y misericordioso podría dejarnos en claro... pues desde el momento que en la imaginación de los *bunsaris* se traslada el bíblico monte Ararat hasta la cadena Senhayi, toda suposición podría sernos permitida.

Se ve en todo ésto la influencia islámica, el *sied*, el retiro morabítico, la tumba de Noé, etc....; pero no es sólo en este aspecto donde el culto se detiene. En cierra el monte otras manifestaciones de religiosidad, aunque esta vez sean de la más marcada supervivencia bereber, aparte completamente de la ortodoxia islámica.

En la ladera del monte existen unas enormes rocas de obscura coloración que dan al lugar aspecto tenebroso, donde la superstición sitúa el cierre de las galerías en las que los *Yenun* moran, ante las cuales sacrificando algún animal, preferiblemente de color negro, los genios del lugar conceden al peticionario lo que desee. Este lugar que, como todos los que llenan aspiraciones semejantes es llamado en «tamazigt» *timsisdicht*, no está bajo la vocación de ningún santo islámico, ni aún se conoce el nombre del genio tutelar de tan tétrico lugar, solamente aparece el Islam en las prácticas de la rogativa, porque el Senhayi que a él se acoja, debe ir en estado de pureza y ha debido antes prepararse con buenas obras.

Este «Timsisdicht» es más bien propio para hombres, las mujeres prefieren otro, más a propósito para los males que pueden aquejarlas, como la esterilidad. En la cuenca del Uarga se encuentra, pero no en Beni Bunsar, sino en la pintoresca cabila de Beni Bu Chibet, donde al llegar la primavera florecen las rosas y donde en sus prados y en sus arroyos se ocultan violetas de fuerte color y de fragante aroma. El lugar es conocido por *Zigüit n'arbi* (nombre donde se junta la palabra bereber «*zigüit*» —puente— con la árabe «*arbi*» —Dios—). Está constituido por dos grandes piedras inclinadas que se apoyan formando vértice y por cuya base se desliza un arroyuelo. Las mujeres, una vez desnudas, pasan por el estrecho agujero al lado opuesto y el agua se lleva su esterilidad... Dejemos en el tintero las bromas que se me ocurren, porque ya que mis amigos los Senhayis tienen fe en la propiedad milagrosa de ese arroyo, no he de ser yo quien lo dude, que otros pronósticos, de los que reír me hicieron, hoy por desgracia se han cumplido.

Pero volvamos al Tidiguin, cumbre la más alta de nuestro Protectorado, en cuya cima, los días claros se divisa el más maravilloso panorama que imaginarse pueda, hacia el Sur, son fácilmente distinguibles, Metina, Miziat, Hayaina, etc., y hasta las colinas que ocultan Fez; mientras en la lejanía del horizonte las nevadas crestas de Beni Uarain, el Yebel Bu Iblan, pone hasta bien entrada la primavera la blanca nota de sus cimas. Sus laderas Norte correspondientes a Beni Seddat y donde se asienta *Azila*, más húmedas, están cubiertas de cedros y son de acceso relativamente fácil. Las Sur, por el contrario, son escarpadas y los cedros no crecen más que en los recovecos de los barrancos que descienden al Uarga donde no estén expuestos al Mediodía.

Análogas particularidades tiene su compañero de enfrente, Yebel Tagsut, cuyo descenso hacia los poblados de la cabila del mismo nombre desde Bab Ferrich (Puerto de Pizarra) constituye una ruda jornada de pendiente rápida, donde son corrientes las caídas. También el Yebel Tagsut tiene nombre bereber, pues en este idioma «Tagsut» significa el terreno que desprendiéndose del monte en una hoyada sirve para el cultivo, con aguas abundantes y numeroso arbolado. De aquí proviene el nombre de la

industriosa cabila que se alarga a sus pies, comprendida entre sus estribaciones Yebel Iguer Ausin —*iguer* terreno de labor— y Yebel Afegag.

Después de nacer el Uarga se precipita valle abajo en dirección Este, atravesando longitudinalmente la cabila de Beni Bunsar. La cadena de Yebel Ars (de los cedros) es designada por los indígenas más bien con los nombres propios de las alturas Ifuraren, Tiguerdan, Iuarguisen, Timansien, Sof Aimó Nesfariun, Sof en Nador, Busendi e Isurdas. Toda su cumbre, como puede verse en la fotografía adjunta, se encuentra poblada de magníficos cedros, que en invierno, que es cuando está tomada, suelen soportar el peso de las nieves. En las calvas del bosque existen pequeños prados, conocidos por *aimo*, donde el ganado encuentra buenos pastos y donde los pastores de ambos sexos, merced a sus pocos años, no dejan muy bien parada la moral, y aun donde un curioso excesivo podría dar la razón a Moulieras cuando un poco exagerado narraba en su «Maroc Inconnu» los gustos extraviados de estos escondidos montañeses.

Los terrenos que constituyen estos montes son muy antiguos y pertenecen probablemente al siluriano. Las rocas que predominan son las pizarras y las cuarcitas, existiendo de las primeras numerosas variedades, pudiendo decirse que constituyen la mayor parte de la masa de todas estas montañas. La intensa y constante erosión de las aguas sobre esta clase de rocas, tan fácilmente destructibles, es sin duda la causa de la complicada topografía de este país, de pendientes tan rápidas en las márgenes de los ríos y barrancos secos. El talud formado viene a ser como si en vez de tratarse de rocas trabadas y fijas, fuera el terreno constituido por tierra suelta y ésta tomara la inclinación natural. Las cuarcitas más resistentes a la erosión han quedado al descubierto, formando grandes muros que avanzan por encima de los profundos barrancos.

El Senhayi, como todo bereber, ve en las fuerzas de la naturaleza algo tan superior, que lo liga con los poderes ocultos de los genios que cobijan los bosques o que duermen en las claras linfas de sus arroyos y aunque silban en el fuerte «garbi» que azota con frecuencia, hasta impedir en algunos lugares el rectilíneo crecer de los cedros, aplanándoles la copa y torciendo sus troncos. Es natural, pues, que a veces, en su solitario caminar sienta el temor de su acción y con la plegaria crea conseguir benevolencia para llevar a feliz término el viaje. Así, pues, no es raro encontrar en los estrechos senderos que cruzan la montaña, grandes montones de piedras que como en otros muchos sitios, sabido es, llaman «Karkor» —cuidado con añadir una *A* final, pues significaría sapo— donde el caminante pide a Muley Abdelkader Yilali, señor de los «yinn», «afrit», «sitan», «gul», etc., que le acoga bajo su poderosa protección. No viene mal tal precaución, pues estos conos de pequeños pedruscos situados al borde del sendero, cuando nieva, sirven al indígena de magníficos puntos de referencia, para no salirse de la dirección que equivaldría a caer en algún barranco o a dar un paso en falso que pudiera serle fatal. A la izquierda de una de estas veredas y en el paso de la cordillera, Bab el Juanet (Puerto de las tiendas), existen unas enormes piedras de forma algo regular, que parecen haber servido para alguna antiquísima edificación o cercado, que es conocido por los indígenas con el nombre de *Sof Nesarani* (Zoco de cristianos). ¿Qué pueblo habitó en tan elevada cima donde la estación invernal tenía que ser tan cruda? ¿Qué costumbres tuvo?... Problema es este que muchas veces me preocupó y hasta desesperó, porque mis conocimientos no fueran más extensos para poderlo dilucidar. Análoga relación encuentro a este sitio, con dos restos de vida humana, en Zerkat y Beni Bechir, cabilas de la misma región. En el de la primera, el mejor conservado, pude echar a volar mi imaginación. Se trata de un pequeño cerro que constituye una estribación del Yebel Ifansen, cercano al poblado de El Kaitun, residencia del fiel ex-Kaid de la cabila Abselam Chaara. En su cima, en forma de pequeña meseta, se ve un rectángulo algo sinuoso a modo de fortificación en bastante buen estado de conservación, y al que el indígena, considerando que aquel modo de construir no es el suyo, achaca a los portugueses la paternidad del muro. ¿Pero el *hordouqs* llegó al interior? Decididamente no. ¿Quién, pues, lo levantó? Otra incógnita que Al-lah bien pudiera aclararla. El muro, de cerca de un metro de espesor, está hecho con grandes piedras, sin argamasa, aunque bien trabadas y el lado Norte, precisamente el más accesible, abre paso a la puerta, pero no de

un modo normal, sino con carácter defensivo, pues al llegar al quicio del costado izquierdo y terminar el muro, dos metros detrás y penetrando dentro del rectángulo, comienza otro que a los tres metros se acoda y va a buscar la alineación del primitivo, dejando el ancho de entrada. Esta entrada laberíntica ni que decir tiene, fué construída para dificultar el paso contra lo que viviera en el interior del rectángulo. Este, sin embargo, no está cerrado en su costado Sur. Aquí la defensa es un cortado a pico de las rocas, de bastante consideración. Algunas deducciones se me vinieron a la imaginación. Sirvió de vivienda a seres humanos, ya que quedan en el interior los cimientos de dos pequeñas habitaciones rectangulares

y además ¿pudo solamente ser un cercado para refugiar el ganado? Desde luego no, dado el espesor de los muros, la altura de los mismos—aproximadamente dos metros—y además porque las cabras—no se iba a tratar sólo de vacas—bien hubieran podido escaparse por el Sur, camino no impedido para su agilidad. Luego si fué habitado por el hombre, y éste buscó la defensa—puerta fortificada, lado Sur escarpado—¿cual fué la época de su empleo? Aquí empieza el misterio, que tuvo lugar antes del conocimiento de las armas de fuego, pues a más del alcance de una ballesta y a menos de un primitivo mosquete, se alza otra loma que domina a la que nos ocupa y desde la cual podrían hacer imposible la estancia dentro del recinto. Terminando estas consideraciones militares, que con invencible fuerza me vienen a la pluma, añadiré que investigando más, me llamó la atención el nombre de un poblado situado al otro lado del Ifansen, conocido por Afrag u Aix. Sabido es que «Afrag» es denominado el espino que rodeaba a los campamentos y aún



Yamaa de Azila

a las casas fortificadas—casi todas lo son—a modo de nuestras alambradas. ¿Se llamará así el poblado por el recuerdo ya olvidado de la antigua fortificación?

La otra construcción que ya he dicho, se encuentra en la quebrada Beni Bechir, es más importante, mucho más extensa, pero en peor estado de conservación. Al Este del inclemente puesto de Bab Stut (¡Dios le haga prosperar!) se encuentra para que otros más documentados que yo expliquen esta curiosa modalidad más satisfactoriamente de lo que leí para un caso análogo en la Revista «Hesperis», año 1928 (3.º y 4.º trimestres), en un artículo suscrito por J. Herber «Un oppidum en pays braber» (Ain Leuh), inclinándome más a lo sustentado por G. Marcy en la monografía de los Ait Jellidasen («Hesperis» 1929, primer trimestre) en ruínas de parecida técnica de construcción y emplazamiento.

Eduardo MALDONADO
Capitán de Intervenciones.



Yebel Ars, visto desde Yebel Bukaaruch. Al fondo el Uarga.

Una excursión de los Exploradores españoles de Tánger

TANGER - XAUEN - TETUAN

Este ha sido el recorrido de nuestra magnífica excursión.

Apenas serían las siete de la mañana cuando llegábamos a la explanada de la Playa, donde habíamos de tomar los dos estupendos autos que nos conducirían a Xauen.

Componíamos la expedición 45 exploradores de cuatro categorías, entre cristianos, moros y hebreos; nuestro querido segundo Jefe Sicsú y los Instructores Arroyo y El Kasri. También nos acompañaban en esta expedición los señores Coello y Maese, del Consejo Local.

El sol, hasta entonces oculto entre algunas nubes que perezosamente se iban desprendiendo de la atmósfera, hizo su radiante aparición en el horizonte brindándonos las primeras caricias, y ya no nos abandonó durante toda la excursión, como si contagiado de nuestra alegría quisiera participar de ella. A las siete y media dejábamos Tánger a los acordes de nuestro himno y llenos del mayor entusiasmo.

El trayecto Tánger-Tetuán, ya conocido de muchos de nosotros, no ofrecía novedad e interés, y como aún nos duraba la alegría desbordante con que iniciamos el viaje casi nos pasó desapercibido.

Ya hemos llegado a la bifurcación de las carreteras de Tetuán y Xauen. Ahora empieza lo desconocido.

En media hora de recorrido estamos entre montañas de considerable altura, que ofrecen admirables perspectivas y poco a poco va absorbiendo nuestra atención la belleza bravía del paisaje. Cada uno de nosotros lo comenta a su modo, haciendo comparaciones con lo que ha visto otras veces y a algunos les parecen las montañas figuras caprichosas y monstruos gigantes. La carretera se ha convertido en un continuo y serpenteante zigzag, y hay uno de la primera categoría que pronto siente los efectos. Es atendido por nuestros Jefes, y recostado sobre el compañero que lleva al lado, va mejorando del contratiempo. Poco antes de llegar a Zoco el Arbáa alguien lanza esta exclamación: ¡Muchachos! ¡Nieve! Mirad la nieve en aquellos picos. Todos experimentamos gran júbilo al divisar la hermosa capa blanca que cubre los picachos; para muchos de nosotros esta novedad es innata. Desde ese momento, nuestra obsesión es ver la nieve muy de cerquita y poder jugar con ella como hacían los exploradores y otros niños que habíamos visto

en las Revistas deportivas. Un poco más lejos, vemos un grupo de casitas muy blancas: es Zoco el Arbáa, que está a 700 metros sobre el nivel del mar. Paramos un cuarto de hora y tenemos ocasión de hablar con los legionarios que tienen allí establecido un campamento. Nos enseñan la mascota de la bandera, que es un carnero con cuatro cuernos, dos hacia arriba en posición vertical y otros dos enroscados hacia abajo. Parece que le tienen gran cariño y siempre desfila con el cabo de gastadores en las grandes formaciones. Me recuerda alguna de esas divinidades de la religión brahmánica de que yo he leído en algunos libros.

Una llamada de silbato nos dice que continuamos nuestra marcha hacia Xauen. Otra vez la rectilínea carretera que hay momentos en que nos hace perder la noción de lo que vemos; llegamos a la famosa curva de la M tan temida por los conductores de autos, que son los que la han bautizado con el curioso nombre. Media hora más todavía de este camino enrevesado y

llegamos a Xauen, cuya población no aparece hasta que no se ha entrado en ella. Nuestra llegada despierta la curiosidad de sus tranquilos moradores, y pronto nos vemos rodeados de buen número de ellos, la mayoría de los cuales, estoy seguro, no habían visto nunca «soldaditos tan pequeños» como ellos decían.

De entre éstos, se destaca un muchacho vestido de europeo, que a duras penas se abre el paso entre el grupo de curiosos y se dirige hacia nosotros apresuradamente, reflejando en su cara inmensa alegría, y empieza a repartir abrazos y apretones de mano. Es un antiguo explorador de nuestra Tropa que actualmente vive con su familia en Xauen y en cuanto se ha en-

terado de nuestra llegada ha querido ser el primero en recibirnos. Esta nota tan simpática dice muy elocuentemente el concepto que tiene el explorador del compañerismo.

Una vez recuperadas nuestras mochilas, abrigos y demás equipajes, nos trasladamos al campamento del Tercio, donde debíamos ser alojados durante nuestra permanencia en la interesante y bella ciudad santa. Pronto nos habilitan un gran pabellón y allí queda establecido nuestro «cuartel general», conviviendo en fraternal camaradería con los caballeros legionarios, cuyas épicas hazañas han sido cantadas por ilustres



literatos. Almorzamos estupendamente y nos dedicamos a ver la ciudad por demás pintoresca e interesante.

Lo que más atrae mi atención es la abundancia de agua que hay en Xauen por todas partes. De sus montañas se desprenden torrentes de esta linfa bienhechora que se reparte por la ciudad en acequias, fuentecillas y regatos, dándole un aspecto alegre y risueño, y ya empieza a ser aprovechada por la industria moderna que ha creado una fábrica de electricidad y un molino. Visitamos la Alcazaba, antigua fortaleza al estilo de los castillos feudales españoles, de recios muros y torreones capaces de resistir las más furiosas embestidas de los guerreros; la fábrica de tapices cuyas alfombras se van haciendo famosas en todo Marruecos por el buen gusto y la calidad de sus tejidos; un molino aceitero; un grupo escolar en construcción, y, por último, recorrimos los típicos barrios del Andalus y del Jarazin que recuerdan al Albaicín de Granada, volviendo después al campamento a las siete de la noche para levantarnos al día siguiente temprano, pues había el proyecto de subir a pasar el día entero en las montañas. Así fué en efecto. A las seis de la mañana ya estábamos todos de pié en preparativos de marcha. Acompañados de cuatro legionarios que eran los encargados de instalarnos el campamento y dos moros que nos servían de guía, emprendimos la subida a las siete de la mañana, llegando a las nueve hasta la posición de Miscrela, que se eleva a cuatrocientos metros sobre la ciudad. Desde esta posición se divisa el hermoso panorama del gran macizo de montañas, que convierten a esa región en una de las más abruptas de Marruecos. Los picos del Maghot con su altura de 1400 metros aparecían, sobresaliendo de todos, cubiertos de nieve. El deseo de escalarlos y poder ver de cerca y tocar la blanca nieve que los cubría, fué la ilusión de muchos de nosotros. Pronto se formó un pelotón de veinte o veinticinco muchachos, que en unión de los señores del Consejo que nos acompañaban, emprendimos la ascensión.

Serían las doce de la mañana, cuando tras no pocos esfuerzos conseguíamos llegar a la cumbre doce o quince de los que subimos. Los otros se habían quedado en mitad del camino.

Pero nuestro esfuerzo se vió compensado con el grandioso panorama que se ofrecía a nuestra vista. Por un lado el macizo ingente de Yebala y por el otro la escarpada región de Gomara y los hermosos bosques de Ketama cubiertos de nieve. Permanecimos algunas horas en estas alturas haciendo ejercicios gimnásticos y sacando fotografías, que nos recordarán siempre esta agradable excursión. El descenso ofreció muchas menos dificultades, porque ya nos era conocido el terreno y desde arriba pudimos buscar la vereda, llegando a nuestro campamento en menos de una hora.

Ya bien entrado el atardecer regresábamos a Xauen sin que nadie diera muestras de cansancio.

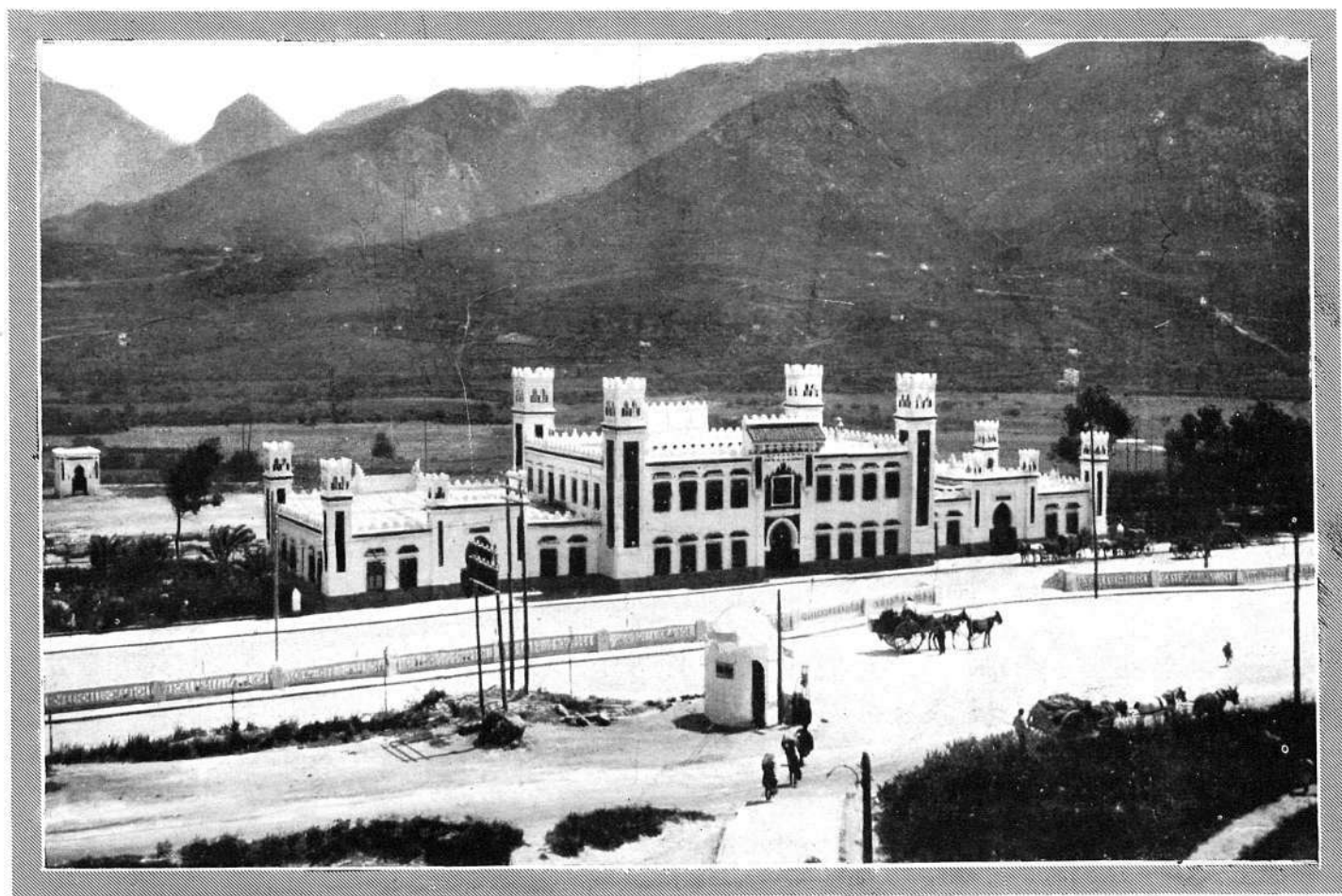
A la mañana siguiente salimos para Tetuán. Me pareció Tetuán una ciudad hermosa, elegante con sus amplias calles tan urbanizadas. La plaza de España ofrece un magnífico aspecto con sus jardincillos y bancos de azulejos de estilo sevillano. Por esta plaza hicimos un desfile, y nos sacaron varias fotografías para publicarlas en una revista.

Del recibimiento que nos hizo Tetuán guardaremos grato recuerdo. Nos llevaron a visitar el Museo indígena y la Escuela de Artes y Oficios. Esta es verdaderamente interesante y fué lo que más llamó mi atención por los trabajos tan artísticos que se hacen allí, y sentía yo no vivir en una ciudad como Tetuán donde se pueden admirar y aprender tantas cosas bellas.

Después de estas visitas paseamos por el barrio moro y la judería, que me gustaron mucho más que los de Tánger, y un señor que nos demostró mucha simpatía hacia los exploradores, nos llevó al Club de los de Tetuán y allí nos dirigió unas palabras de aliento y confianza animándonos a perseverar en nuestra labor escultista. Fraternalizamos durante dos horas con nuestros camaradas de Tetuán, que tuvieron para nosotros atenciones y afectos que recordaremos siempre.

Ahora me voy a permitir dar las más expresivas gracias en nombre de todos y en el mío propio, a nuestro digno Alto Patronato, que tantos desvelos y actividades desarrolla en favor nuestro.

C. C.
LOBO GRIS.
Cuarta categoría.

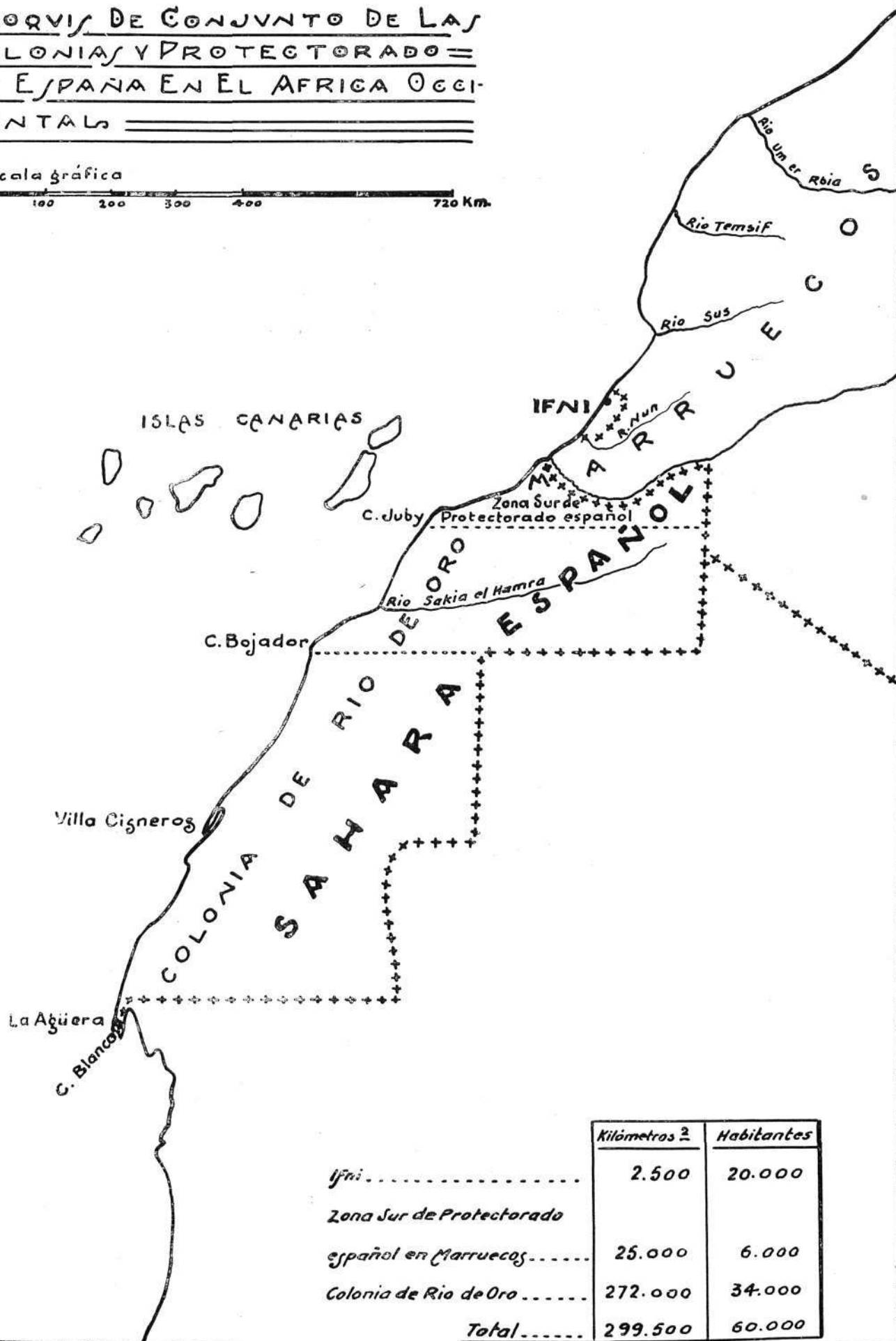


TETUAN - Estación del ferrocarril.

CRORVIS DE CONJUNTO DE LAS COLONIAS Y PROTECTORADO DE ESPAÑA EN EL AFRICA OCCI- DENTAL

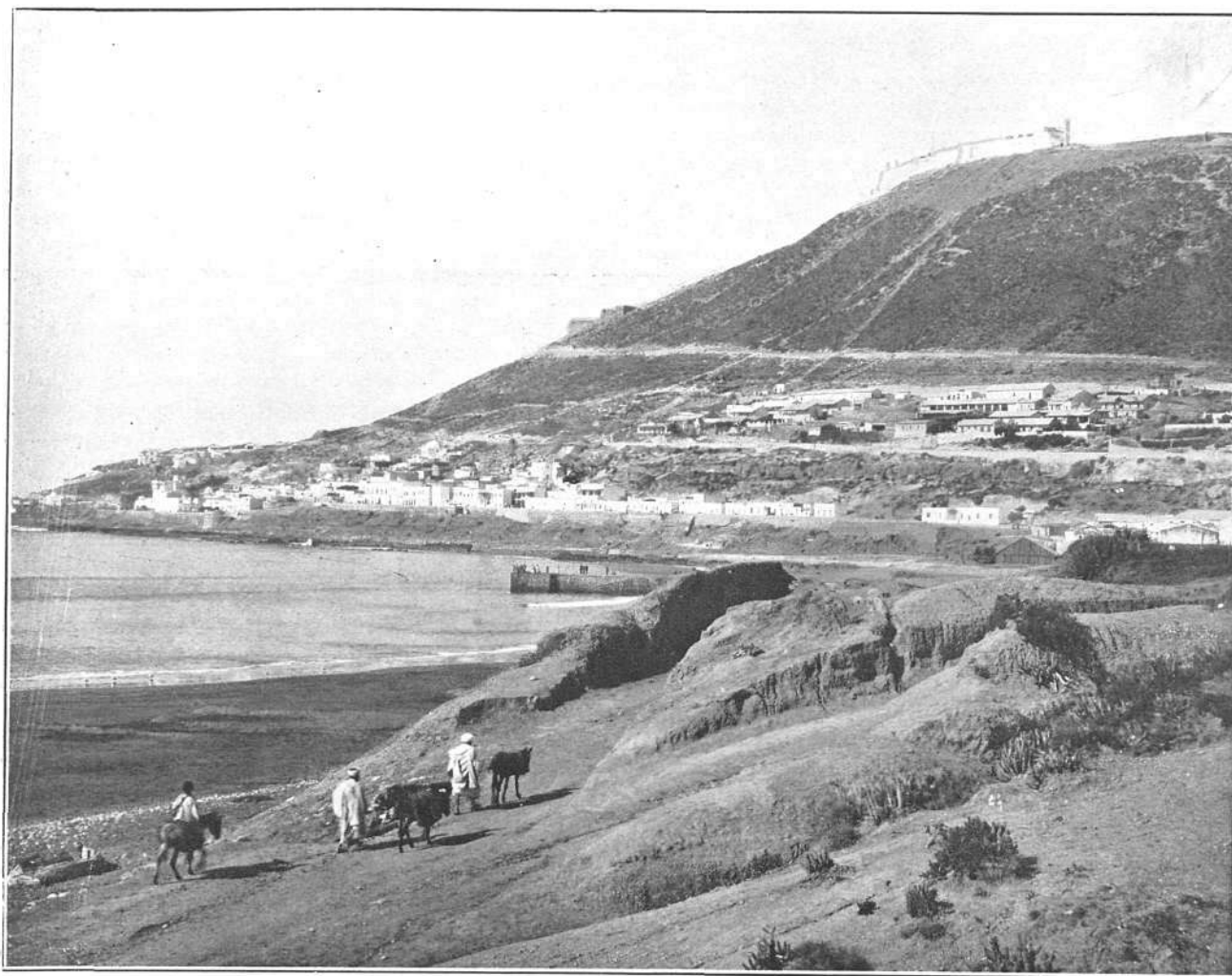
Escala gráfica

0 100 200 300 400 720 Km.



	Kilómetros ²	Habitantes
Ifni.....	2.500	20.000
Zona Sur de Protectorado		
español en Marruecos.....	25.000	6.000
Colonia de Rio de Oro.....	272.000	34.000
Total.....	299.500	60.000

El enclave de Ifni (soberanía española). La zona Sur de Protectorado español en Marruecos y el Sahara Español. Croquis de conjunto



AGADIR:—Vista de la rada

(Fotogrado "La Vie Marocaine Illustrée".)

AL SUR DE MARRUECOS

EL ENCLAVE DE IFNI

III ALGUNOS ASPECTOS DE SU ORIENTACION ECONOMICA. (1)

Le Petit Marocain, órgano oficioso de la gran Prensa del vecino Protectorado francés, inserta en su número 5182 de fecha 1.º del actual, un interesante y oportunísimo *entrefilet* que nos obliga a preceder de algunos comentarios, el estudio que en el presente trabajo nos proponíamos realizar, sobre los recursos económicos de nuestro establecimiento de IFNI.

Ya en el artículo anterior (enero 1932), exponíamos a grandes rasgos el aspecto político del problema de la ocupación de aquel Enclave, harto complejo, por las dificultades de todo orden que para la solución del mismo se presentan.

Para dar una idea bien comprensible a nuestros lectores del tema que a continuación vamos a tratar, nos es preciso abordar de nuevo la cuestión política, ampliándola con las sugerencias que nos ofrece el referido artículo francés, cuya traducción literal es la siguiente:

IFNI.—TIERRA ESPAÑOLA

«Las operaciones militares efectuadas en la cuenca del Draa, los trabajos emprendidos para la construcción de pistas en toda la región y la ya inminente ocupación del puesto de Akka, nos hacen dirigir la mirada hacia este punto del extremo Sud del Marruecos Occidental. La región del Sus propiamente dicha, está limitada por las dos cadenas montañosas del Gran-Atlas y del Anti-Atlas y cerrada por el Océano, cerca del cabo del mismo nombre, en país Tekna. El valle del Draa, uno de los más importantes de Marruecos por su considerable extensión, per-

tenece al Imperio Cherifiano. Recordaremos que en efecto, una de las cinco monarquías del antiguo Imperio, la constituían los dos territorios unidos del Sus y del Draa. Ahora bien, para lograr la completa ocupación de esta cuenca cuya riqueza y fertilidad son conocidas, no tenemos enfrente otro obstáculo que la disidencia; pero entre el Sus y el confluente del Draa, tropezamos con la zona española de Ifni.

Territorio de Ifni, un remiendo en nuestro bello emporio colonial, un albergue mañana de la oculta disidencia, un foco de insurrecciones. Ifni en las cimas del Anti-Atlas es una verdadera fortaleza, una kasbah; su territorio alcanza a tener unos cien kilómetros por treinta aproximadamente de profundidad y su límite norte distará de Agadir, ciento cincuenta kilómetros poco más o menos. A juzgar por el aspecto de la costa marroquí, región de arenas, de dunas y el interior montañoso y estéril con algunos aduare aislados: Idufker, Tarret, Tiruza, Isbuia, Mehvat. Una sola saliente apenas perceptible se destaca en la costa, el cabo Nun. La frontera sur, se halla bien delimitada por el Uad Saïad y su afluente el Mey el Achar. A orillas de este último y en territorio francés, el importante aduar de Agoulimine. Tierra de montaña, dura y de severo aspecto, la región no debe ser ni rica ni próspera.

¿Qué razón, nos preguntamos, induce a España a conservar este pedazo de sus antiguas posesiones?

Sea cual fuere, sería necesario emprender nuestra campaña de ocupación del Draa, de concierto con el Gobierno español, de lo con-



Plano de la región de Agadir; en el ángulo inferior el enclave español de Ifni.

(1) Véase los números de noviembre 1931 y enero 1932.

trario el territorio se convertirá en el refugio seguro de la disidencia, tanto más peligrosa, que para desalojarla se precisaría una operación de gran alcance y envergadura. Hace falta en fin, pensar en que la seguridad sea efectiva y es necesario también que las dos naciones protectoras marchen juntas para conseguir la unificación de Marruecos. La disidencia, no es más que la obra de unos cuantos bandidos atrevidos y la población reconociendo la acción civilizadora de Francia, solicita nuestro apoyo, llámándonos.

Mañana, franceses y españoles arrojarán fuera del territorio estos focos de disidencia y unidos de la mano como siempre, habrán cumplido y llevado a buen término la liberación definitiva del Imperio Cherifiano».

Nuestra satisfacción al leer las líneas que preceden, no puede ser más justificada si observamos la atención que han merecido los diferentes trabajos que sobre Ifni hemos publicado. Aunque sea inmodestia, no descontábamos este interés, pero sí que se manifestase tan pronto y tan en consonancia con todo lo escrito en estas mismas columnas. Puede afirmarse, que ésta es la primera vez que la Prensa marroquí francesa, se ocupa del Enclave de Ifni con tanta claridad y precisión, sobre todo en lo que respecta al punto de vista español.

Por razones que fácilmente comprendemos, el estimado colega francés no puede.... ser más explícito, ni debe tampoco extenderse en otras consideraciones sobre la verdadera importancia, tanto política como económica, que pueda tener nuestra posesión de Ifni. Estas apreciaciones nos corresponde hacerlas a nosotros y en ella, ha de basarse el asunto primordial del presente artículo.

Antes que nada, debemos con el fin de evitar ciertas confusiones a que pudiera dar lugar la lectura del *entrefilet* traducido, recordar que nuestra Zona de soberanía de Ifni y los intereses españoles de la región del Draa (Zona de Protectorado Sur) difieren muy particularmente entre sí por diversas causas, que oportunamente detallaremos.

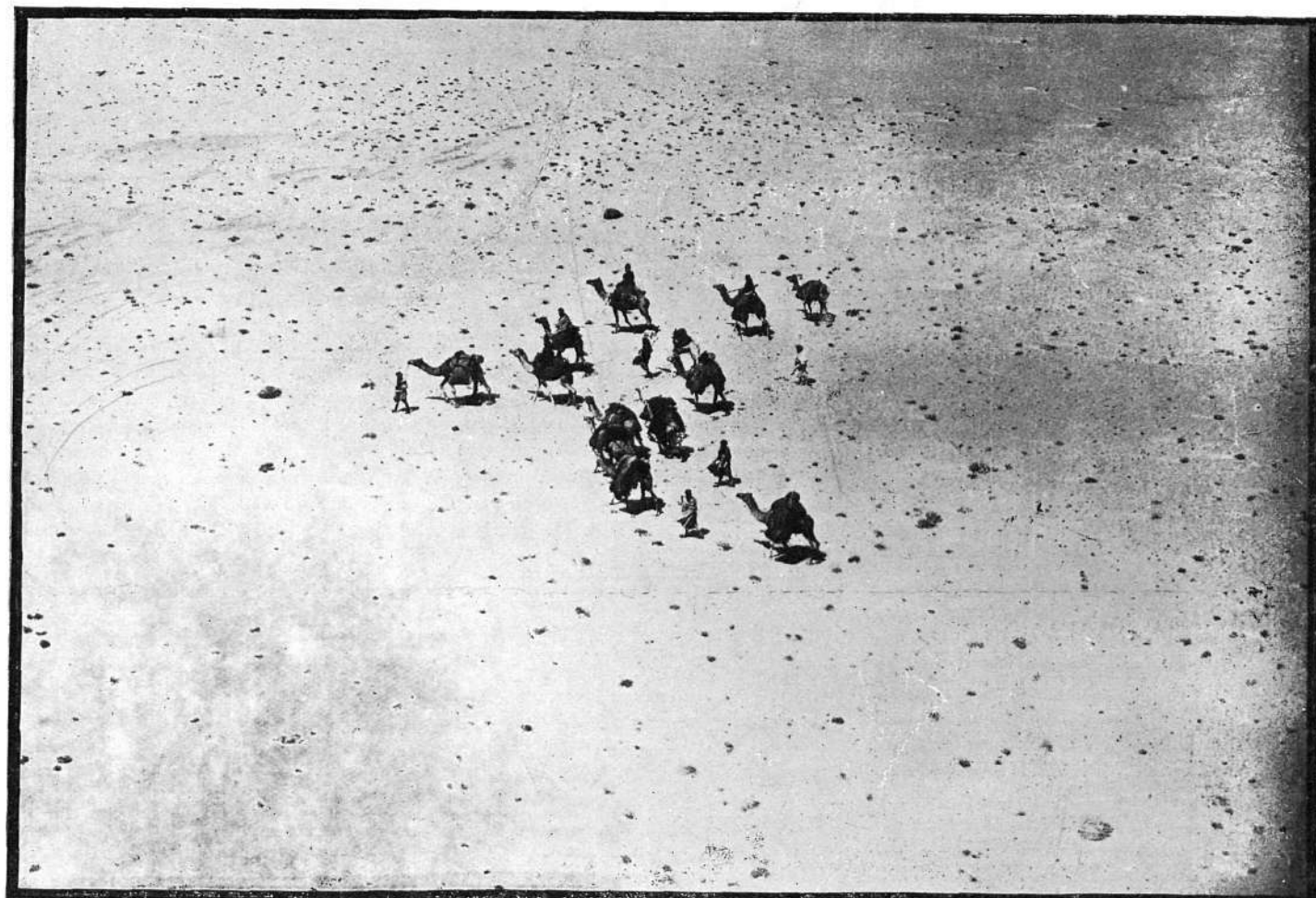
La primera y principal es la geográfica, ya que entre Ifni y

la zona del Draa citada, queda siempre un extenso territorio de protectorado francés, formado por gran parte de la región del Nun que se prolonga comprendiendo toda la orilla derecha del curso del Draa y aislando completamente nuestras dos Zonas, la de influencia y la de soberanía. Por tanto la acción común que de concierto habría de realizarse para la total ocupación y pacificación de la cuenca del Draa, según precisa el articulista francés, representaría para los españoles una empresa por duplicado, al tener forzosamente que atender a dos frentes.

Y la explicación es bien sencilla. Hay que suponer, que al iniciarse las operaciones militares que al parecer ya están previstas o por lo menos indicadas, tendríamos que decidimos o bien por desembarcar en Ifni sin la preparación política necesaria, que atenuase la hostil y vigorosa resistencia que habría de oponérsenos, o por formar parte de algún cuerpo expedicionario franco-español que regularmente se formaría y concentraría en Tiznit.

De este último punto, las fuerzas franco-españolas emprenderían su avance en dirección sur, apoyadas por la escuadra aliada desde la costa, y por el Este, las tropas francesas impulsarían su empuje actual, hasta unirse con las primeras en los objetivos que de antemano se fijaran. Los puestos que se establecieran durante el avance en nuestro Enclave, quedaría guarnecidos por los españoles y los franceses alcanzarían ocupándola totalmente, la tan codiciada cuenca del Draa. Más al mismo tiempo que se desarrallaban las operaciones en la parte Norte de esta región, sería preciso que desde Cabo Juby se intentara otra acción militar que complementase la anterior, batiendo nuestra zona del Draa y desalojándola de las partidas de disidentes o insumisos que no tardarían en pasar el río e infestar el territorio, corriéndose si eran muy perseguidos hasta el corazón de Río de Oro. O sea que para ayudar a los franceses, mucho más interesados que nosotros en esta acción, necesitaríamos poner en pie de guerra dos considerables cuerpos de expedición, bien equipados y pertrechados que actuasen en ambas Zonas y enviar a aquellas costas una división de nuestra Armada.

Ciertamente que este esfuerzo daría como resultado inmediato la completa ocupación de Ifni y nuestra definitiva insta-



SAHARA ESPAÑOL.—Caravana atravesando el desierto

(Foto Aviación Cabo Juby)

lación en la zona del Draa..... está España actualmente en condiciones de lanzarse en una aventura de esta índole? Rotundamente nos permitiremos asegurar que no.

Bajo el punto de vista de nuestra política internacional, el efecto que dicha realización produciría no podría ser más favorable y bastaría para afirmar de una manera concreta la futura situación del país en Marruecos, pero considerándola en el terreno práctico y financiero, dado el interesante y productivo sistema de colonización que nos es propio..... constituiría un verdadero desastre y otra pesada carga que añadir más a nuestro Erario, harto sacrificado por este género de empresas. Los millones que la zona de influencia Norte nos cuesta hoy, se duplicarían mañana al extender nuestra ocupación a los territorios del Sud Marroquí.

Mas, ya que los compromisos internacionales y otras muchas razones que en esta misma Revista han expuesto autorizados compañeros de colaboración, nos obligan a mantener firme nuestra posición en Marruecos, reaccionemos, procurando hacerlo en las mejores condiciones posibles, sin abandonos ni renunciaciones y si llegado el caso, ciertas concesiones parciales..... debidamente compensadas, constituyesen una fórmula de solución digna y adecuada para algunos problemas, ésta debiera adoptarse sin titubear, como medida más práctica.....

Y ahora discutamos la cuestión económica, con miras a una probable explotación o *mise en valeur* del establecimiento de Ifni.

Nuestros lectores habrán observado, que siempre que se hace referencia a la citada posesión, se menciona Ifni sin tener en cuenta las características regionales que dividen aquella zona, étnica y geográficamente en dos principales agrupaciones o sectores, que podemos denominar de Ait Bu Amaran uno y del Uad Nun el otro.

El primero que ocupa la parte septentrional del territorio y es el más importante, lo compone la confederación de los dos «*lefs*» de Ait Bu Beker y del Ait Ijlef, integrados por varias tribus de alguna importancia. Con estas gentes que periódicamente organizan caravanas a los centros de intercambio de Tiznit, Agadir y en otros tiempos, antes de la apertura al comercio de este último puerto (enero 1928) a Mogador, era con las que sostenía su influencia política y desarrollaba su patriótica labor en el Enclave, el Consulado de España de esta ciudad.

El segundo sector situado en la parte más meridional, es el que comprende el grupo de tribus del Uad Nun, que caen dentro de nuestra Zona. Su núcleo es de menor importancia, pero en cambio constituye un centro, político de gran objetividad para el desarrollo de nuestra futura acción en la cercana Zona de Protectorado Sur español, (orilla izquierda del Draa), cuya existencia ignoran la mayoría de nuestros connacionales. Con algunas de estas tribus mantienen constantes relaciones las autoridades españolas de Tarfaya (Cabo Juby): amistades que como ya anunciábamos en otro trabajo anterior, pueden ser la base de una labor de aproximación conducente a la ocupación en su día de Ifni.

El territorio que comprende esta posesión, se halla situado en las últimas estribaciones del Anti-Atlas, formando una meseta superior bastante accidentada, que se prolonga por el norte en zona francesa hasta divisar el valle del Sus, cae cortada suavemente en la costa con estrechas playas de arena y grava al pie, y varias caletas o ensenadas y termina en su parte Sur, dominando toda la extensa llanura del Nun.

Un dato que marca la relativa importancia del Enclave, es la densidad de su población, estimada en unos quince habitantes por kilómetro cuadrado. Esta linsojera proporción comparada con la de otras regiones circunvecinas, indica claramente la existencia de medios de vida propios y de algunas posibilidades económicas, que mejor orientadas en su explotación, obtendrían un mayor rendimiento.

Un punto muy importante a considerar también, es la natural actividad y gran facilidad de adaptación peculiar a los habitantes de aquella zona, particularmente de los inteligentes Bu-Amaranis. Estas gentes dotadas de un innato sentido práctico y de un espíritu comercial muy agudo, se asimilan rápidamente a cualquier trabajo o desarrollan sus negocios con experimentado acierto que corrobora, el interesante tráfico de intercambio que tienen organizado entre sus respectivas fracciones y los centros ya citados de Tiznit, Agadir, etc.

Otro detalle interesantísimo, es la arraigada costumbre entre

sus naturales de emigrar a otras comarcas del Norte, más ricas, y actualmente intensamente explotadas, en las que su actividad encuentra campo propicio para desenvolverse, manifestándose muy a menudo en franca competición con elementos europeos o israelitas. Su especialidad estriba en el pequeño comercio, explotando gran parte de ellos *bakales* mejor o peor surtidos. Al cabo de varios años de impropio trabajo y reiterado esfuerzo y reunida ya la cantidad que juzgan necesaria a sus proyectos, abandonan su empleo u ocupación si son trabajadores, y si comerciantes, liquidan su negocio, que generalmente traspasan a algún familiar, retornando al país en el que se instalan definitivamente adquiriendo alguna propiedad. El capital aportado de la emigración, representa un porcentaje bastante elevado en la riqueza de nuestro Enclave, cuyo régimen agrario es de los más repartidos.....

Los hay también buenos soldados, especialmente aptos para la caballería, siendo una recluta muy apreciada en nuestros escuadrones de Regulares y Mías montadas de la Mehal-la. El fin que persiguen es idéntico al de los trabajadores y comerciantes antes citados, licenciándose la inmensa mayoría con un apreciable peculio que su sobriedad y morigeradas costumbres les permite recoger. La sola excepción a esta regla que pudiéramos decir general, es la de los que tienen contraídas deudas de sangre insatisfechas, que no ignoran la terrible suerte que les aguarda... en el momento que su presencia en la tribu del Hecho sea denunciada.

El trato de gentes, la experiencia adquirida en sus años de emigración y la facultad de asimilación que le es característica, han hecho que al fijarse definitivamente en sus tribus, no limiten su producción al mínimo estrictamente preciso para cubrir sus necesidades, sino que la intensifiquen dentro de los medios de que disponen, para venderla en parte o canjearla por otros productos de importación, en los «*Comptoirs*» que los israelitas y dos o tres casas extranjeras tienen establecidos en Agadir, Mogador y otros puntos del interior.

Con alguna frecuencia, he asistido a la llegada de caravanas procedentes del Sus y de nuestro Enclave, a los *fondakes* de importantes firmas de Agadir o de Mogador, especializadas de antiguo en este género de transacciones. En épocas de recolección las cargas de camello se suceden numerosas aportando cereales, pieles secas, almendras, cera, grasas y pelos de animales, lanas, gomas de varias clases, aceite de argan, higos secos, raíces para la tintorería. Las discusiones sin fin entre vendedores y compradores y las argucias de sus ofertas y demandas, llenarían un típico y original compendio comercial. En pago de estos productos reciben generalmente dinero o bien según estipulaciones del trato o de convenios ya establecidos, los artículos que precisan para su consumo. Azúcar, té, velas, cerillas, jabón, cubos y cafeteras de zinc, ferretería, bisutería barata, confección indígena ordinaria, naipes y tejidos, principalmente uno de algodón de color azul o seminegro que llaman «*jont*» y que es la indumentaria obligada de las gentes del Sur. No recordamos quién, la ha denominado por esta particularidad de su vestimenta «*Los hombres azules*».

Este tráfico ha dado lugar como es lógico, a un importante comercio de importación y de exportación que ha establecido cotizaciones especiales en los mercados de Londres y de Marsella, para cuyos puertos se embarcan la casi totalidad de aquellos productos indígenas.

Con la apertura al comercio del excelente y bien situado puerto de Agadir, se ha acrecentado considerablemente en estos tres últimos años el número de transacciones, ya que en el mismo se centralizan todas las operaciones de compra y venta con los naturales del Sus, de Ifni, de las regiones del Nun y del Draa y hasta del Sahara, evitándose las caravanas el largo y penoso recorrido que antes hacían para llegar a Mogador o a Marrakech.

Y ya que hablamos de Agadir, permítasenos un ligero paréntesis.

Si las distintas Comisiones encargadas por nuestros Gobiernos de designar, mejor dicho de *elegir* el terreno de la factoría de pesca concedida por el tratado de Uad Ras de 1860, hubieran dejado a un lado la influencia de inciertos antecedentes históricos que nadie, ni aún la hábil diplomacia marroquí, nos obligaba a tener en cuenta..... para fijar la dudosa situación del antiguo establecimiento español de Santa Cruz de Mar Peque-

ña y guiados de una intuición colonial, más en concordancia con la *misión* encomendada, hubieran optado por Santa Cruz de Guer; la puerta natural de entrada en el Sud Marroquí o sea Agadir, sería hoy día español.

Aunque antiguas referencias siempre impugnables y los acuerdos internacionales en la actualidad, hacen de Ifni el emplazamiento real tan discutido, muchos historiadores y algunos navegantes afirman con asertos que justifican este paréntesis, que el puerto de Santa Cruz de Cabo Guer (Agadir) llamado así por los portugueses por su proximidad al cabo de este nombre, no era otro que el abandonado de Santa Cruz de Mar Pequeña, fundado anteriormente por los españoles, para sus relaciones entre la costa de Africa y el archipiélago Canario.

Además, la elección no podía ser dudosa, pues no existe punto de comparación entre las hermosas radas que encierra la dilatada y bonancible bahía que desde el Cabo Guer se prolonga hasta la desembocadura del Uad Sus, formando una verdadera *Mar Pequeña* y la insignificante ensenada de Ifni, en la que cuando la marejada del Noroeste se deja sentir un poco, es peligroso acostar a la playa. La sola ventaja entre ambos fondeaderos se reduce a la proximidad del segundo a las de Canarias, ya que en cuanto a pesqueros, son tan buenos o mejores los de Agadir por su natural abrigo y excepcional defensa contra determinadas mareas y vientos. Y circunstancia muy de tener en cuenta, son raros los días en el año que por temporal hayan de suspenderse las operaciones de carga y descarga en el puerto o prohibirse la salida de *cárabos* y embarcaciones menores dedicadas a la pesca.

Su extenso hinterland es también interesantísimo por todos conceptos, lo mismo en dirección de Mogador que hacia Marrakech, atravesando el Atlas o bien siguiendo la ruta der Sur que conduce a Tiznit, o la pista que cruza el fértil valle del Sus hasta los vergeles de Tarudant.

Pero estaba escrito que en Marruecos, lo único que los españoles podrían añadir a su activo... serían equivocaciones, tropiezos y descalabros. Pluga a Alah que la experiencia adquirida a costa de tanto infortunio, nos sirva de algo... en lo futuro.

Y cerremos el paréntesis.

Comercialmente, el puerto de Agadir que cada día va organizándose y utillando con los elementos más modernos, ha de ser gran competidor del que nosotros podamos instaurar en Ifni u otro fondeadero más adecuado al Enclave. Ahora bien, tratándose de un territorio de soberanía como es el nuestro, podríamos muy bien introducir en aquella región los artículos que actualmente entran por Agadir, sin el gravamen de los derechos de aduana marroquíes a que forzosamente se encuentra supeditado este último. Sencillamente, una reproducción de la situación exclusiva de Ceuta con respecto a la zona de influencia del Norte.

Además de la referida circunstancia, nos desligaría en absoluto de trabas internacionales y de ciertos convenios comerciales, dejándonos en completa libertad de acción para obrar y hacer del Enclave un centro de intercambio de libre competencia.

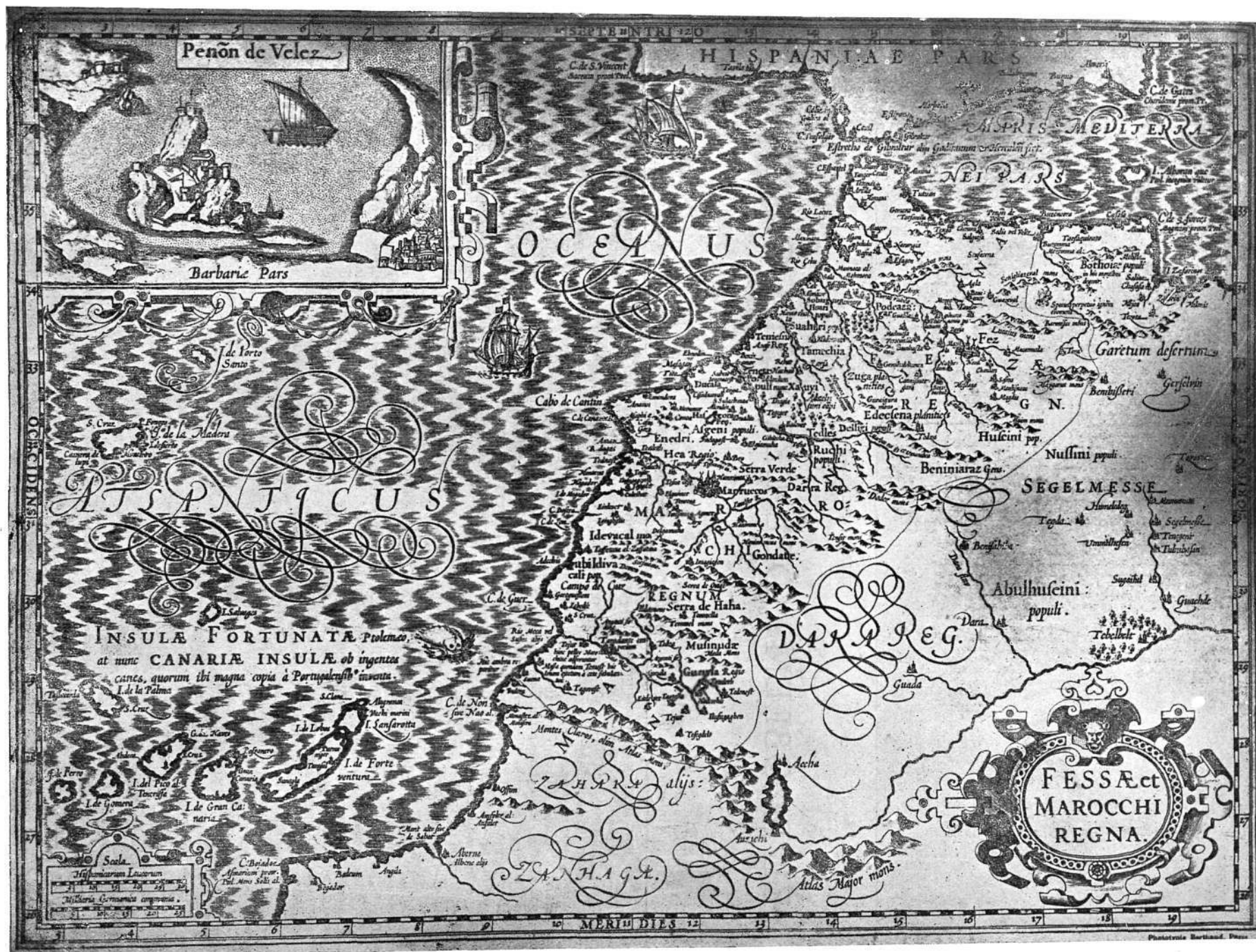
Hoy sin ir más lejos, uno de los negocios más fructíferos sería la importación directa de harinas españolas o exóticas. La pertinaz sequía de estos últimos años y la invasión de la langosta —una de las terribles plagas del país— han anulado en gran parte las cosechas, sobre todo en el Sus, donde la carencia de grano ha sido extremada. La gran demanda de aquéllas, permite exigir precios bastante elevados, pero aun prescindiendo de este aumento circunstancial, se puede asegurar que la venta de las mismas en épocas normales, dejaría un margen de beneficios insospechado. Existen también gran cantidad de productos españoles de igual o mejor calidad que sus similares extranjeros de consumo en todo el territorio, que importados allí resultarían por su precio de coste, muchísimo más baratos. Detalle este muy significativo para los que injustamente denigran la producción nacional.

La creación de dos centros comerciales, uno en cada uno de los sectores ya denominados, contituiría, aparte de un negocio de seguro rendimiento, la mejor política que para nuestra mermada influencia podría hacerse, puesto que desviaría hacia aquéllos, encauzándola, la corriente de tráfico de intercambio de productos, que hoy cruza el Enclave sin detenerse.....

Joaquín VENTURA BELTRAN.



SAHARA ESPAÑOL.—RIO DE ORO.—Edificio del faro.



Carta de Marruecos del Atlas de Mercator editada en Amsterdam en 1607 (Reino de Fez y Marruecos). En ella puede verse el emplazamiento de Santa Cruz en las proximidades del Cabo Guir.
(Del libro de D. Fernando de Carranza, del que se da cuenta en la sección correspondiente de este número.



PUERTO VICTORIA.—Hong-Kong.

EL PROBLEMA DEL EXTREMO ORIENTE



DESDE hace años existían dos sombras en la política internacional, una de ellas el problema de los Balkanes, que después de muchas falsas alarmas, llegó desgraciadamente a plantearse, solucionándose en el Tratado de Versalles y subsiguientes, en la forma conocida y todavía la humanidad padece las consecuencias económicas de la conflagración a que dió lugar. El otro, el Peligro Amarillo, el del Extremo Oriente, el del Pacífico, está aún pendiente de resolver y sigue como los cometas su trayectoria a través del tiempo y el espacio, alarmando a la Sociedad cada vez que se apercibe próximo. Y muy de temer es que como al otro también le llegará su día, con más probabilidades que había en aquél; porque además de las pasiones que lo produjeron, existen en este otro, ese fatalismo que en todo tiempo da lugar a esas mareas raciales, que de Oriente a Poniente fluyeron sobre Eurasia, para refluir después en reacciones contrarias.

Todo induce a creer que fué la Eurasia, el más viejo Continente, donde en su parte central plasmó la vida humana, en el período post-glaciario, y la depresión Turanio-Siberiana separó etnológicamente las razas arias y mongólicas, que en términos generales, se desarrollaron siguiendo rumbos opuestos, sin más noticias unas de otras, que las vagas referencias, llevadas por las grandes guerras o invasiones, manteniéndolos aislados, el propagandismo Islamita, interpuesto, entre el Socialismo Cristiano y el materialismo racionalista de las religiones de Confucio y Laotzé, más arraigadas en Oriente que las del Príncipe Gautama. Las Cruzadas aproximaron algo el Occidente al Oriente, pero no al Extremo Oriente, envuelto siempre en sombrío misterio, donde con dificultad llegaban las Misiones religiosas o diplomáticas de Roma u otras Cortes Europeas. La larga estancia en estos países del comerciante Veneciano, Marco Polo, a fines del siglo XIII y principios del XIV, sacó a luz en Europa a los Imperios de Catay y de Cipango, países tan fabulosos como los del Preste Juan y se supone que las expediciones marítimas que desde el Promontorio de Sagres, organizaban nuestros hermanos de Portugal, para acotar el comercio de las especerías de Oriente, en manos de Italianos y Arabes, se valían de las noticias que les aportaban los últimos, establecidos en otras regiones Españolas.

No cabe aquí seguir paso a paso la epopeya Portuguesa, que necesitó a un Camoens, para cantarla; antes de finalizar el siglo XV, habían montado la isla Trapobana y en el primer cuarto del XVI Fernando Pérez de Andrade, alcanzaba las costas meridionales del Catay:

«Aquestas son las partes del Oriente
Que vosotros al Mundo dais,
La puerta abriendo al vasto mar potente
Que con tan fuerte pecho navegais.

En 1543 arriba al archipiélago Japonés, Fernao Méndez Pinto, y seis años más tarde San Francisco Javier establece en el mismo su misión evangelizadora. El 1592 otro Padre Jesuita Español, Gregorio de Céspedes, llega al «País de la Mañana Tranquila», el Chosen, la Corea. Estos Religiosos, personas de la mayor cultura entonces y a quienes nadie ayuda ni sostiene, se veían obligados a comerciar con pequeñas pacotillas unas veces y otras a adelantar dineros a mercaderes connacionales suyos, para poder subsistir y llevar a cabo su labor evangélica y científica.

Sabido es, que fué buscando la ruta al Catay y Cipango, por Occidente, que Cristóbal Colón, descubrió América a fines del siglo XV, continuando después la empresa los navegantes Españoles, hasta que lo consiguió Magallanes en 1521, descubriendo al sur del Continente Americano el Estrecho a que dió nombre. Establecidos los Españoles en el Archipiélago Filipino en el 1565, pronto concentraron en Manila el comercio con China, en competencia con los Portugueses establecidos en Macao; reexpidiéndolo los primeros en la Nao de Acapulco a través del Océano Pacífico, a Nueva España o Méjico, en donde lo transportaban por tierra a las costas del Atlántico y de aquí otra vez por mar a España, en tanto que los segundos desde Macao lo enviaban por mar, por la ruta del Cabo de Buena Esperanza. Desde Macao y Manila, continuaban laborando en su Misión Evangélica, en China y Japón, los Padres Jesuitas Portugueses y los Agustinos Españoles y si bien en un principio, fueron ambos muy bien recibidos en Japón por el Shogun Nabunaga y aun por su sucesor Hideyoshi o Taicosama, haciendo gran cantidad de prosélitos, más tarde la emulación religiosa entre ambas Ordenes y la enemiga de los Benzos Budhistas, hizo cambiar la aptitud de los Shogunes, decretando Tokugawa Ieyasu, en 1603 la expulsión de los Cristianos, empezando una cruel persecución, que dió lugar a penosísimos martirologios. El espíritu Cristiano, amenazaba la disciplina y constitución feudal de la sociedad Japonesa, y tal fué el temor que infundió su propagación en los gobernantes del Imperio del Sol Naciente, que acordaron cerrar sus puertos al extranjero y no consentir el armamento de embarcaciones de altura a sus naturales, para que no pudiesen comunicar con el exterior. Este exagerado ostracismo, duró cerca de dos siglos y medio, con grave perjuicio de pueblo tan inteligente.

Durante muchos años continuaron las Naos de Acapulco, cruzando los procelosos mares del Pacífico, en espantosa soledad, sólo interrumpida por contados viajes cual los de Drake en 1578, de Tomás Candish en el 1586, debidos a que el célebre pirata Inglés, capturó en el 1577, sobre las Azores al Galeón Portugués, de las Indias Orientales, haciéndose con los Portulanos y Derroteros de las islas de la Especería y Mar de la China; tras éstos, abocó también el Pacífico el Holandés Van-Noot, que llevaba un piloto Inglés que luego dejó en el Japón. Pero aparte de estos contados viajes, sólo los Españoles surcaban aquel Océano, conduciendo las mercancías Chinas, embarcadas en Cantón para Manila, abriendo aquel puerto Chino desde el 1517 por los Portugueses al co-

mercio. Es una epopeya marítima Española, poco conocida los descubrimientos en la Oceanía, parte por el secreto que entonces guardaban los navegantes y parte por nuestra especial idiosincrasia, pero los Mendaña, los Torres, los Quirós, los Villalobos, Vizcaino, Diego de Prado, Alvaro Saavedra, Juan Gaetano, etcétera, dieron al Mundo, conocimiento de casi toda la Micronesia, la Polinesia y la Australasia; Nueva Guinea, las Hawaii, Australia y Tasmania entre otras, fueron alumbradas a la sociedad, por aquellos modestos navegantes Españoles, en tan frágiles embarcaciones, que hoy suspende el ánimo considerar cómo podían resistir sus obras vivas sin calafatear y las lonas de sus velas, las olas y vientos de baguios y tifones. Considerando la pequeñez actual, parece imposible, pertenezcamos a la misma raza de los hombres de aquella talla.

En uno de aquellos viajes, naufragó la Nao San Francisco, que conducía al Gobernador General de Filipinas, D. Rodrigo de Vivero, en Iwada, de la costa de Hondo, la mayor del archipiélago Japonés, aprovechando aquella autoridad Española el largo tiempo que tuvo que permanecer en Japón, mientras se construía otra nave donde continuar viaje a Méjico, para negociar en dicho año de 1608, el primer Tratado Internacional que el Imperio del Sol Naciente contrujo, con ninguna Nación Europea. Recientemente se ha erigido en el Cabo donde ocurrió el naufragio, un monumento que recuerda el hecho, acontecimiento que en España ha pasado casi desapercibido. De Acapulco salió otra Nao, mandada por Vizcaino, para agradecer las atenciones prestadas al Gobernador General de Filipinas y pagar al barco que lo trajo y a su regreso condujo una Embajada Japonesa enviada por Taicosama para visitar al Rey de España y al Sumo Pontífice en Roma.

La Historia es un encadenamiento de sucesos, eslabonados por la misma materia moral, que no permite considerarlos apartadamente. Los dos Imperios no mantuvieron nunca muy buenas relaciones entre sí, siendo la parte más próxima entre ambos, el estrecho de Corea, de 120 millas de anchura, fué aquella, «La región de la mañana serena» el campo de batalla donde chocaron muchas veces, desde antes de la era Cristiana, el pequeño Reino de Shiragi, fué invadido por los Japoneses, que frecuentemente ejercieron su protectorado sobre esas pequeñas monarquías del extremo de la península Coreana, especialmente en los siglos V y VI, chocando con los del Celeste Imperio que lo ejercían en la parte norte, a través de Corea se propagó al Japón la civilización China, su arte, su religión Budhista, su escritura simbólica. En el 663 tuvieron el primer encuentro serio, rigiendo en la última la dinastía de los T'ang, cuya flota derrotó a la Japonesa; la semejanza de las relaciones de los archipiélagos adyacentes al Continente Eurasiático, Británico y Japonés con las regiones vecinas del mismo, son dignas de atención; ambos resultan eminentemente marítimos y deben a ese carácter, que falta en los continentales, el respeto que les merecen, a pesar de ser mucho más poderosos. China tuvo que buscar esa facultad que le faltaba, en Corea, siempre que quiso buscar cuestión a los Nipones, así le ocurrió en tiempos del Mogol, Kubilai-Kan, en el 1275, cuando este nieto de Gengis-Kan, quiso completar su gran Imperio, conquistando al Japón y lo mismo ocurrió en tiempos de Hideyoshi o Taicosama en Japón a fines del siglo XVI. Los Japoneses abandonaron Fusan, en Corea, un siglo después que los Ingleses lo hicieron de Calais, en Francia.

La desproporción del inmenso Imperio Celeste con sus tres grandes arterias fluviales, el Hoang-ho (río amarillo), el Yangtse-kiang (río azul) y el Si-kiang (río del Oeste), con sus 400 o 500 millones de habitantes, comprendidas las provincias de Manchuria, Mongolia, Turquestán, Thibet e Indochina, con sus 44 siglos de sociedad constituida, bajo una civilización avanzada y racional y el modesto país insular, formado por tres de las cuatro islas principales del Japón, ni aun completas, pues la parte septentrional de Hondo, como la isla del norte, Hokaido, estuvieron hasta muy tarde ocupadas por la raza blanca de los Ainos, que fueron desapareciendo, siempre en lucha con los nuevos ocupantes, raza de guerreros, pueblo como el inglés, pobre en sus comienzos, agrícola y pescador, establecido alrededor del encantador mar interior del Japón, lago azul encuadrado entre las tres islas principales, donde se refleja el venerable Fudji-yama, el volcán sagrado, cuyo fuego interno templó el alma y las inestables tierras de Hondo, tanto como pueda hacerlo la cálida corriente del Kuro-siwo, el río negro del Océano Pacífico, era demasiado grande. Fué menester que en sus 26 siglos de existencia desarrollara esa energía extraordinaria, aún latente, ese espíritu tan elevado y adaptable a todas las circunstancias, para poder subsistir, en su poético y refinado ambiente, ante el positivo y materialista coloso Chino, su maestro, que si bien lo respetaba en su ostracismo, al mismo tiempo lo despreciaba, como hacía con los Occidentales a quienes consideró y no se si aún considerará China como una clase extraña de salvajes.

La decadencia de la Monarquía de los Austria en España, llevó con sus guerras a Ingleses y Holandeses al Extremo Oriente, formándose las grandes Compañías Orientales, Inglesas y Holandesas, que tanto se desarrollaron en el siglo XVII, especialmente la primera, al buscar los obsecados hermanos Portugueses, el seguro de su independencia del resto de España, con la cesión de Bombay a Inglaterra, que la tomó como base de la «London East Indian Company», desde donde comerciaba con Cantón, que a diferencia de los puertos del Japón, permaneció siempre abierto al comercio Europeo, tomando importancia el del té, puesto de moda en Inglaterra, por su Reina Catalina de Braganza, en 1660. También se constituyeron Compañías Orientales Francesas, Dinamarquesas y Suecas, que compitieron con aquéllas no sólo en el co-

mercio con la India y archipiélagos de la Insulandia, sino así mismo con el de China.

No siempre sufrió este país con resignación el comercio de los Europeos, protestando con sobrado fundamento contra el que introdujeron los Ingleses en China, con el Opio de la India, droga que tanto daño ha causado a los hijos del Celeste Imperio y que por fin dió lugar en el 1840 a la guerra entre China e Inglaterra, que terminó obligándose la primera a abrir al comercio los puertos de Amey, Shanghai, Ming-pó y Fuchú, además del de Cantón y quedándose con la isla de Hong-kong, en el estuario del río Si-kiang, cual Macao, la colonia Portuguesa, a quien arruinó, convirtiéndose ésta en el Monte Carlo de los Chinos. La xenofobia China aumentó ante el abuso de fuerza, y nuevas guerras se produjeron contra Inglaterra en 1857 y contra Inglaterra y Francia en 1860, en la cual como en la represión de la rebelión de los Boxer en 1900, dejaron huellas las tropas Europeas en los palacios y monumentos seculares de Peking, tales, que hacen dudar a muchos de qué parte estaba la civilización.

Las colonias Inglesas de Norte América, los seis Condados que constituían la Nueva Inglaterra, también comerciaron desde temprano con el Extremo Oriente y fué precisamente el impuesto decretado por la metrópoli sobre el té importado en aquella colonia, el pretexto que dió lugar a su independencia. Gracias a la generosidad de Napoleón Bonaparte, vendiéndoles durante la ocupación de España, por los Ejércitos de la «Liberté, Egalité et Fraternité» nuestras colonias de las dos Floridas y Luisiana, se convirtió aquel país, unido a lo que después expolió a la independizada Mexicana, en la rica y democrática República de los Estados Unidos de Norte América, que asomó al Océano Pacífico, frente a los Imperios de los pueblos de raza amarilla. No es corriente el conocimiento entre los Españoles, de que la mitad occidental de esta gran nación, al dividirla por una diagonal que una la península de Florida con la isla de Vancouver, fué casi totalmente Española y una de las regiones más ricas, la alta California, aquella de nuestro padre Junipero Serra la cual al ser puesta en valor por sus ricos yacimientos auríferos y petroleros, atrajo hacia sí, una gran corriente emigratoria de los pueblos amarillos. La marina mercante americana, que en sus primeros tiempos de navegación a vela se significaba en los mares de China por sus ligeros Clippers, que competían con los Ingleses, en el comercio del té y tejidos de seda y algodón y por sus balleneros, que remontaban en sus pesquerías a las altas latitudes del Océano Pacífico, se desarrolló más al aparecer la de vapor, intensificándose las relaciones entre sus puertos del Oeste y el Extremo Oriente. Sea por esto o por la conveniencia para sus balleneros de puntos de escala en las costas del Japón, el caso fué, que los Estados Unidos se cansaron de tolerar el ostracismo en que vivían los orgullosos nipones, encerrados en su país y apelando a sus expedidos procedimientos, después de conminarles para que abriesen los puertos al comercio extranjero, ante la negativa del Shogun, enviaron una escuadra mandada por el Comodoro Perry, que les obligó a hacerlo a cañonazos.

Este suceso que hace época en la historia del Japón, aunque estén persuadidos, fué en su ventaja, constituyó una humillación para el carácter del pueblo Japonés, que nunca olvidan. Rebajó por de pronto la autoridad del Shogun (especie de Generalísimo, hereditario), dando lugar a que algunos Daimios o grandes señores del Imperio, no acatasen las órdenes de aquél y se produjesen otros choques con las Marinas de Guerra de los demás países, terminando todo con la revolución del 1868, en que empieza su nueva era, su Meiji, o sea su adaptación a los sistemas occidentales de administración y gobierno, que benefició al Soberano de derecho, el Mikado o Teno, a quien aquellos Shogunes a semejanza de los Mayordomos de Palacio, de las primeras dinastías Francesas, habían desposeído de su autoridad, reduciéndolos a la religiosa como descendientes de la Diosa del Sol, Amaterasu y su hermano Susanoo; los cuales volvieron a recuperar aquélla, en la forma moderna Constitucional, desapareciendo en lo sucesivo el Shogunato o Bakufú.

Resultan por consiguiente desde la mitad del siglo pasado, abiertos los dos Imperios del pueblo amarillo, al comercio extranjero, en ambos su sociedad, sus costumbres, su arte, religión, literatura, etc., perduran, pero hay una diferencia esencial entre ambos: El Celeste Imperio, no admite las ventajas del progreso científico, de la civilización occidental y prefiere continuar con sus métodos arcaicos, en franca decadencia, en medio de una inmundicia administrativa extraordinaria, perdido el freno del gobierno central de Pekin y convertido cada Taotai o Virrey de sus Provincias, en un soberano, dispuesto a comerciar con todos los ramos de la administración pública; por el contrario el del Sol Naciente, en sus choques con las Potencias occidentales, se ha dado cuenta, de que con todo el valor de sus héroes, con su Bushido (Código del honor Japonés) y su inteligencia sutil, el Yamato Damaishi (el Alma del querido Japón) sucumbiría ante aquellos diablos de Occidente, de no adoptar sus procedimientos, y con una energía intensísima, con una fuerza de voluntad extraordinaria, aplican desde el primer momento toda su inteligencia, todas sus capacidades, para ponerse a su nivel, captando sus aptitudes, buscando ganar el tiempo perdido, aprovechando la experiencia ajena y a fe que lo consiguen, porque en ese gran trastorno cerebral, conservan inmutable las fuerzas del alma, que son el nervio de los pueblos; sosteniéndoles en su empresa ese Yamato Damaishi y esa Religión Shintoista, culto de los antepasados, que es una disciplina de moral y amor a la patria, sujeta por un broche en la personalidad del descendiente de la Diosa Amaterasu. El día que estos otros resortes se relajen, este viejo

pueblo injertado en nuevo, caerá como tantos otros, pero hasta ahora se ha salvado, por la inteligencia de los mejores, que quizá no sean siempre los más sabios.

Pero es menester, retroceder un poco para coger otro de los hilos que constituyen la trama del problema del Extremo Oriente, éste es Rusia, país Asiático, que Pedro el Grande derivó hacia Europa, anexionándose él y sus sucesores, regiones Europeas, que debieron ser por el contrario valladar a sus irrupciones, tamiz donde se suavizasen las pasiones salvajes de las estepas Asiáticas; contenida al fin en Europa la política de los Zares busca su expansión hacia Asia y ya a mediados del siglo XVII, se apodera de Chaborof de la cuenca del río Amur, que restituyen a China en 1689; al continuar su expansión tropiezan con los Manchues y desbordándose por el norte se apoderan de Kamtchaka en 1697, de las Kuriles en 1738 y no deteniéndoles el estrecho de Behring, se apropian la Alaska en el Continente Americano en 1799. En el siglo XIX la expansión Rusa, buscando climas más suaves, se corre hacia el sur por el mar del Japón, en el litoral de las islas de Sakalin y Hokoido y aun la Corea, produciéndose su primer choque con los Japoneses en 1805, al querer establecerse en la isla Iturup del grupo de las Kuriles, al que siguió otro en el siguiente año al intentar destruir los Rusos un establecimiento de los Japoneses en la isla Sakalin; muchos más se sucedieron hasta el 1875, en que ambos países llegaron a un acuerdo, abandonando Japón la isla de Sakalin, a cambio de conservar las Kuriles y el derecho a la pesca en el mar de Okhotsk. Por parte de la China, el avance Ruso consiguió en 1858, la anexión de la parte izquierda de la cuenca del río Amur, conocida por la Provincia Marítima, fundando en la desembocadura de aquel, los poblados de Nikolaevsk y Alexandrevsk, que dominan la salida del Mar del Japón al de Okhotsk, por la Mancha de Tartaria. La expansión Rusa había llegado al dormido país de la «Mañana Tranquila», Corea, y en el 1861 pretendía instalarse en la Tsutshima, situada en medio del estrecho que separa Japón de Corea y famosa en los fastos de la historia de aquél, como su baluarte contra los intentos de invasión Chinos, afortunadamente para el Japón, la ballena Inglesa vigilaba los movimientos del elefante Ruso y una escuadra de dicho país, impidió sus propósitos, la amistad entre los dos países marítimos se iniciaba.

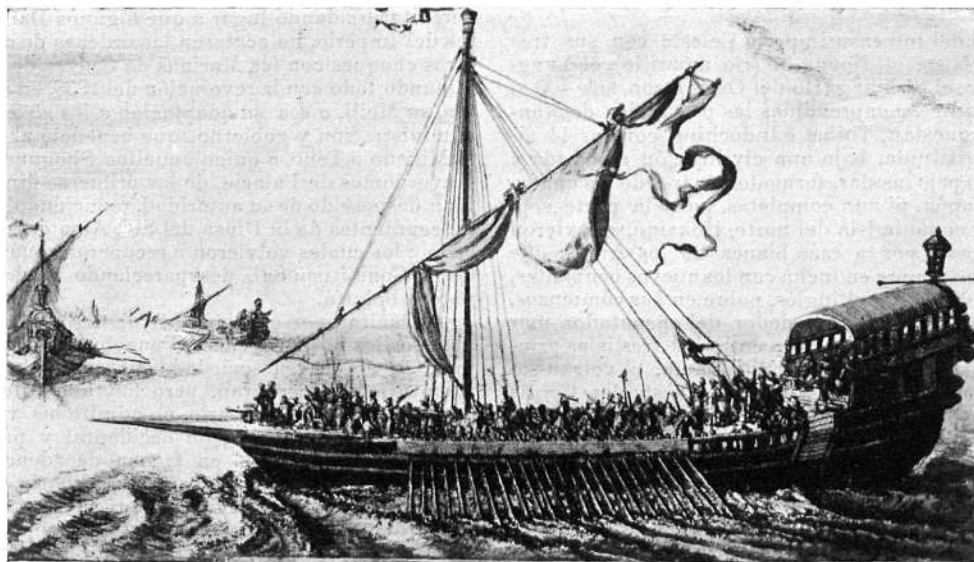
Estamos ya en el último cuarto del siglo XIX y a grandes rasgos quedan esbozados, los factores que intervienen en el lla-

mado problema del Extremo Oriente, de las naciones Europeas y los pueblos de raza amarilla, convertido con la intervención de los Estados Unidos de Norte América en el problema del Pacífico, problemas que por su injusticia y conexión de los pueblos blancos entre sí, pueden dar lugar por la desesperación de 500 o 600 millones de Asiáticos, el temido Peligro Amarillo. Como se deja ver es una cuestión muy compleja, en la que afortunadamente para la humanidad, intervienen factores tan diversos, con intereses tan encontrados, que es difícil lleguen a deslindarse los campos, en solos dos bandos. La lucha de las influencias de Inglaterra y Rusia en Asia, durante el siglo XIX, los cuantiosos intereses creados por aquella tras tenaces esfuerzos en la India y China, especialmente en ésta en la cuenca del Yang-tse-kiang, la condujo a ayudar el notable despertar del país del Sol Naciente, convertido en aventajado discípulo suyo, enfrentándolo primero ante el coloso Chino, cuya xenofobia ponía en peligro los intereses creados en medio siglo de esfuerzos y luego ante su rival Asiático, Rusia, que amenaza siempre la riqueza en que descansa el poderío Británico: la India.

La decadencia del Celeste Imperio, torpe y ciega como todas ellas, no vió en el despertar del Japón, al pueblo hermano que podía asistirle contra los extraños y guiarle, sino al hermano menor que pretendía sobrepasarle, excitando sus celos y emulación, y lejos de seguir su ejemplo persistió en sus arcaicos sistemas, dejando jirones por el camino, la Indo China en manos de Francia, la Birmania en las de Inglaterra, el protectorado del Tibet, lo mismo, y la Corea bajo la influencia de Rusia, sin otra resistencia que la opuesta a Francia en 1883 con motivo de la conquista por ésta del Tonkin. En cambio el Japón abarcó la situación cual hábil estratega, en todos sus extremos, militar, económico y social, realizando una restauración del país, verdadero renacimiento, que difícilmente encontrará paralelo en la historia de la humanidad, y en ese mismo orden le seguiremos, para llegar a la actual situación, en que se presenta ante el Mundo, fuerte por los elementos que ha sabido crear y aun cuando aislada políticamente, más fuerte aún por su prestigio moral, ante los Estados, que cualquiera que sea la hipócrita actitud que ahora adopten, todos le han dado durante su aprendizaje lecciones del más desenfadado positivismo oportunista en política internacional.

Fernando de CARRANZA

(Continuará.)



GALERA BERBERISCA.— Grabado del libro recientemente publicado por el autor de este artículo y del cual damos referencia en la sección correspondiente de este número.

CRONICA MENSUAL DE TANGER



I.—DOS CARTELES

N las puertas de las tiendas, de los comercios y de todos los establecimientos públicos han aparecido el día 24 de abril dos carteles. Los dos en tres idiomas: español, francés y árabe. Uno de estos carteles, mas propiamente una hoja volandera, dice así: «De acuerdo con las decisiones tomadas por la Asamblea de las Cámaras de Comercio inglesa, española, francesa e internacional y del Comité de Defensa de los Intereses Económicos de Tánger, los presidentes de estas entidades entregarán el lunes, a las once, al Presidente del Comité de Control y a S. E. el Mendub, el programa de reivindicaciones acordadas por la Asamblea en su sesión del 20 de abril.

Los representantes del Comercio local solicitan de éste un rasgo de solidaridad, cerrando sus establecimientos el lunes de once a doce, y fijando de forma aparente los carteles que les serán previamente distribuidos.

Esta manifestación tiene por objeto demostrar la unión del pueblo, y su adhesión a un movimiento no persigue más fin que el de reclamar el derecho a la vida de esta ciudad hoy resueltamente decidida a defenderse contra la ruina que la amenaza. — Por las Cámaras de Comercio inglesa, española e internacional y por el Comité de Defensa: los delegados designados por esas diversas organizaciones».

El cartel a que se alude, grande, todo rojo y con la estrella de cinco puntas en medio bien grabada, grita esto: «Tánger, ciudad jerifiana internacionalizada, pide el derecho a la vida».

Parte el impulso de organismos que representan a los intereses locales y se ha hecho cuanto se ha podido, para despertar entusiasmo en todos los tangerinos, sin olvidar a los moros.

II.—LAS REIVINDICACIONES DE LAS CÁMARAS

El 20 de abril se celebró la gran reunión de los delegados de las Cámaras de Comercio y del Comité de Defensa de los Intereses Económicos de Tánger. Asistieron dos miembros de la Asamblea legislativa internacional, dos de la Cámara de Comercio inglesa, dos de la española, dos de la francesa y dos de la internacional.

Se acordaron tres cosas: un programa de reivindicaciones, una manifestación del Comercio local, medidas que habían de tomarse en el caso de que las reivindicaciones no fueran atendidas.

La manifestación del comercio local es la que se ha celebrado el día 25 al propio tiempo que era entregada la lista de demandas al Presidente del Comité de Control y al Mendub.

Las demandas o reivindicaciones son las siguientes: creación de una zona franca, juegos reglamentados, construcción de las estaciones del ferrocarril, ejecución de un programa de obras públicas, uniformidad de las tasas aduaneras y en las tarifas ferroviarias, ventajas para el puerto de Tánger iguales a las que tienen otros puertos jerifianos, advertencia de que las cargas que pesan sobre la zona son superiores a lo que consiente la economía local.

Unas aclaraciones, por nuestra parte. Tánger quiere reconquistar su puesto de puerto de gran parte de Marruecos y no solamente de la zona internacional. Por eso pide la uniformidad de tasas aduaneras y de tarifas ferroviarias. Tánger sabe su privilegiada situación; si las demás cosas son iguales, esta situación privilegiada de Tánger habrá de decidir al comercio de nuevo en su favor.

Los puertos de la zona francesa gozan de ciertos privilegios en el embarque de mercancías con destino a Francia. Tánger reclama estas mismas ventajas o privilegios porque dice que es tan puerto jerifiano como los de la zona francesa.

Pide un programa de obras públicas contra el parecer del Comité de Control que cree no tiene la Administración recursos para ésto. Pero más abajo hablaremos de este asunto.

Todas estas reivindicaciones han sido hechas ya en otra ocasión. También entonces se entregaron pliegos al Presidente del Comité de Control y al Mendub. Pero entonces se insistía en que había más funcionarios de los que los servicios requerían. Nótese que ahora ni alusión siquiera se hace a eso.

III.—LAS AMENAZAS DE LAS CÁMARAS

Para el caso de que estas demandas no sean atendidas, ¿con qué amenazan las Cámaras de Comercio y el Comité de Defensa? Este es el tercer punto.

Las amenazas acordadas son: dimisión de todas las Cámaras de Comercio, cierre del comercio local durante un día entero, huelga del pago de impuestos entre los europeos, pago de los derechos de aduana en especies.

El plazo fijado por la Asamblea dura hasta el 11 de mayo.

Aquel día volverán a reunirse los representantes de las Cámaras de Comercio y del Comité de Defensa, deliberarán sobre el resultado de las gestiones hechas y obrarán en consecuencia, procediendo a la realización de las amenazas indicadas, si las reivindicaciones no han sido atendidas.

Como se ve, ahora parece que va de veras. Por otra parte, periódicos de Inglaterra y de Francia vienen insistiendo durante los últimos meses en la necesidad de una nueva reunión internacional para examinar estos asuntos tangerinos.

La verdad es que parece bien difícil que tengan solución por simples cambios de notas. Porque si se conceden algunas de las demandas, pudiera considerarse que Tánger quedaría en una situación de privilegio que habría de influir notablemente en la situación de alguna otra zona marroquí. Y si todo queda en la concesión del juego, como nos tememos, se habrá hecho burla de la desgracia de los tangerinos.

IV.—LA SITUACIÓN FINANCIERA

Se ha venido a parar a ésto por la mala situación financiera de la Administración. Los negocios en Tánger han ido mal desde hace varios años; pero la Administración tenía el dinero suficiente para atender a sus servicios y nadie se ha movido. Ahora es la Administración la que se ve amenazada.

En otras crónicas de AFRICA han quedado registradas las dificultades para la confección del presupuesto de este año. Al fin, el director de Hacienda se forjó la ilusión de que había confeccionado el presupuesto e imaginó que las cosas irían mejor para el del año que viene.

Y ha ocurrido que algunas de las economías acordadas por la Administración, por su cuenta y riesgo, no es seguro que sean aprobadas por las potencias, ya que se refieren a gastos que la zona de Tánger está obligada a hacer en virtud de acuerdos internacionales y de compromisos anteriores al Estatuto. Y en cuanto a los ingresos de la Aduana, lejos de aumentar, han disminuido notablemente sobre los del año anterior. Además, el fondo de reserva está agotado.

Ha llegado, pues, Tánger a un callejón sin salida. Y recurre a los que son autores y responsables de la Constitución tangerina.

V.—SIN OBRAS PÚBLICAS

Una prueba de la angustiosa situación financiera de Tánger la da una decisión del Comité de Control.

Cuando éste se puso a examinar el programa de obras públicas aprobado por la Asamblea legislativa internacional para este año, creyó de su deber poner su veto a esta ley. ¿Porqué? También nos da el Comité de Control las razones de esta decisión. Dice que el dahir orgánico le recomienda la misión de cerciorarse si los recursos de que dispone la Administración son suficientes para cubrir los gastos obligatorios y asegurar el mantenimiento de los servicios esenciales de la zona. Y después de examinar los informes y datos recibidos de la Administración y de la Dirección de Hacienda, se cree obligado a poner su veto al programa de obras públicas acordado.

De donde se deduce, que el Comité estima que el programa de obras públicas no es servicio esencial. La equivocación es evidente: en Tánger no solamente cuentan los propietarios, sino también los trabajadores, los indígenas sobre todo. No se comprende además una municipalidad que no tenga la obligación de atender a los servicios de obras públicas.

Y siendo esto así, del veto del Comité de Control, fundado en buenos informes, se infiere que ha llegado el momento en que los recursos de la Administración no alcanzan a sufragar los gastos obligatorios y a mantener los servicios esenciales.

VI.—CONCESIONES DE ESPAÑA

Antes se insistía en que sobraban funcionarios. Pero ninguna potencia ha querido ceder los suyos. Tal vez por eso no se habla nada de este particular en el pliego de reivindicaciones.

La única potencia que ha estado a punto de hacer, y que en cierto modo ha hecho concesiones, es España.

España ha concedido el juego, aunque luego ha vuelto sobre su acuerdo, en vista quizá de que aquí nadie da nada gratis.

Ha concedido también el importe del impuesto de dos y medio por ciento ad valorem establecido en el Acta de Algeciras sobre las mercancías aquí desembarcadas con destino a la zona española, si bien la Alta Comisaría ha reclamado después la suma de este impuesto.

Y la Administración, por su cuenta, ha reducido la consignación para la Gendarmería, lo que viene a perjudicar a España únicamente, ya que la jefatura de la Gendarmería es española.

Santos FERNANDEZ

Tánger, abril.

REVISTA DE LIBROS

"MARRUECOS. ETAPAS DE LA PACIFICACIÓN", General Goded. Editorial C. I. A. P. Madrid.

Sabíamos que el General Goded preparaba un libro sobre Marruecos. Impacientes habíamos dado orden a nuestro librero que nos lo remitiera no más que apareciese. Y hace unos pocos días, efectivamente, llegó a nuestra mesa uno de los primeros ejemplares de la obra que el General Goded ha intitulado, «Marruecos. Etapas de la pacificación». Nuestro interés ha tenido plena justificación con su lectura.

Es desdichado achaque español el descuido para historiar nuestras campañas y nuestras guerras. Y sin el ejemplo y lección del pasado es fácil incidir siempre en los mismos olvidos. Nuestra Historia Militar está totalmente por hacer. Cuando más sabemos poco del Gran Capitán, de la conquista de América, de la Guerra de la Independencia... Salvo Arce los historiadores militares de esta epopeya nacional son ingleses o franceses. En España carecemos de un Servicio Histórico de las proporciones y envergadura de los que tienen otros Ejércitos. Sólo la Guerra de Marruecos está en vías de historiarse merced a los trabajos de la Comisión Histórica de las Campañas de Marruecos, para con cuyos miembros tiene el General Goded, en su obra, frases de elogio, que desde aquí agradezco.

Frente a esta tradicional desgana oficial para con la Historia, no hubo tampoco, ordinariamente, por parte de nuestros Caudillos y de nuestros Generales, mejor disposición para historiar. Cuando más, y eso ante circunstancias bien determinadas de ciertas campañas, y casi siempre respondiendo a concretos estados de opinión, aparecían, con carácter justificativo, algunos libros, los únicos, casi puede decirse, debidos a la pluma de nuestros Mandos supremos.

No es el libro del General Goded uno de estos. Ninguna justificación demanda su actuación brillantísima en la Jefatura del Estado Mayor del Cuartel General. Cuando el General Goded se posesionó de ella, allá en Abril de 1926, al cabo de diez y siete años de guerra incesante ocupábamos apenas un cuarto de la extensión de la Zona. Ciertamente que habíamos desembarcado en Alhucemas; pero teníamos enfrente un enemigo terrible, equipado con no menos de 60.000 fusiles, 200 ametralladoras y 100 cañones. La rebelión seguía obedeciendo ciegamente y reconociendo como Jefe a Abd el Krim, cuyo prestigio se había repuesto pronto tras el desembarco, con la inacción subsiguiente. Catorce meses después de aquella fecha, España había ocupado totalmente su Protectorado; Abd el Krim se hallaba en el destierro y el desarme integral estaba en vías de realización. ¡La guerra había finado triunfal y soberbiamente!

Tal fué la obra del General Sanjurjo, como General en Jefe, y la del General Goded, su Jefe de Estado Mayor e Inspector de Intervenciones y Fuerzas Jalifianas. No necesita mayor glosa aquella labor, ni precisa de ulterior confirmación su solidez que la paz que han vivido, va para el quinquenio, aquellos mismos riesgos de antaño, erizados de «blocaos» y de alambradas. El libro del General Goded es, pues, el formulario de esa victoria. El libro de la doctrina óptima que nos dió tales frutos.

Acostumbraban ya los alemanes, antes de la guerra europea, a asociar constantemente al nombre de sus Generales el del Jefe de su Estado Mayor. La razón era obvia. El General es la voluntad, y el Jefe de Estado Mayor el gran sistema nervioso que ponía en actividad todo el organismo marcial. La gran guerra nos dió bien del valor de esa cooperación. Hablar de Foch, es hablar de Weygand. Citar a Joffre es citar a Gamelin. Decir de



Pétain, es decir de Sarrigny. Referirse a Hindenburg, es referirse a Ludendorff... El General Sanjurjo y el General Goded han asociado así también sus nombres a las páginas más brillantes de nuestra Historia Militar contemporánea. Cuando Jomini recomendaba, como alección de maravilla, un General valiente, atrevido en el combate e inalterable en los peligros, secundado por un Jefe de Estado Mayor, hombre de gran capacidad y de carácter franco y leal, se ha puesto un ejemplo enseguida: Blücher y Gneisenau. Pero podríamos decir hoy también, Sanjurjo y Goded.

El balance del año 1924 distó mucho de ser halagüeño en Africa. Las tropas de la Comandancia de Melilla llegaban hasta Afrau y Tafersit, es decir hasta las montañas de Beni Tuzin y Tensaman, que mueren en Quilates. El Rif propiamente dicho estaba aun lejos, y dominábamos tan solo los llanos del Kert y del Garet. Se había podido, sin embargo, hacer desistir al General Primo de Rivera de su fórmula de repliegue, nueva faceta de la ocupación restringida que, con diferencias de enunciación, había sido sostenida—¡maravilla aun recordarlo!—en la Prensa, en el Parlamento y en los Consejos de Ministros. En la Región Occidental la situación era más grave. En Larache, ocupábamos solo el llano litoral. Eso y una «trocha»—el vocablo correspondía a una ideología perfectamente definida—que iba a lo largo de la carretera de Tánger a Tetuán, y de Tetuán a Ceuta, era todo. Un Ejército numeroso se diseminaba en una nebulosa de posiciones grandes, chicas y minúsculas. La moral se resentía de este encierro y de los repliegues sucesivos, inaugurados con la torpeza, exactamente contraria, de empeñarse en aferrarnos a la pésima línea del Lau. El año 1925 trajo la recuperación de la moral, con el desembarco de Alhucemas. Pero de haber limitado la ocupación allí poco, sin duda, ganaríamos. Habríamos creado así otro recinto sitiado, un nuevo «presidio», sometido a la zozobra constante. Mas a finales de aquel año y primeros del siguiente son nombrados, para sus altos puestos, a los Generales Sanjurjo y Goded. El Ejército de Marruecos tenía ya el *acabillamiento* preciso, que al decir ya de Alfonso X es la primera cosa que los omes deben fazer en tiempo de guerra. La gran prueba había llegado. Era la realidad la que iba a hacer el contraste verdad de todos los valores. Era el momento en el que como el poeta dijo:

«La masque tombe; l'homme reste»,
«Et le héros s'évanouit...»

...

Pero la prueba confirmó, una vez más, esos valores todos, del soldado al Alto Mando. Ni el General Sanjurjo, ni el General Goded eran meros productos del gabinete, «fuertes en temas», afortunados del «Kriegsspiel», a los que el toque de la realidad pudiera desconcertar. Ambos tenían una historia brillante, y como Napoleón decía de Ney veían claro entre el humo y los estampidos de los fusiles y de la artillería.

La situación de nuestro Ejército, en 1926, en Marruecos, recordaba por cierto al francés de Italia, en 1796. Ambos vivían encaramados en riscos, y se fraccionaban en «petits paquets». Pero 1926 como 1796 iba a ser un año clásico de la guerra; los principios eternos e inmutables, un tanto olvidados volverían a imperar. Los mismos principios que regían el Arte de la Guerra en tiempo de Homero, dice el General Boucher, rigen aun en la actualidad. ¡Gran verdad! Pero en Marruecos lo teníamos olvidado. A una guerra particular, correspondían, también unos principios *sui generis*, que costaban sangre y dinero en abundancia, sin que plasmaran jamás en resultados positivos. Por ejemplo, el repliegue tras de cada operación.

El General Goded, que ya había fustigado esta concepción singular de la guerra en el prólogo que tuvo la gentileza de poner a mi libro «Enseñanzas de las Campañas de Marruecos», desarrolla en la suya un Capítulo maravilloso, el II—el I es una síntesis cetera geográfico-histórica de Marruecos—sobre los «factores del éxito». Y los numera; *voluntad de vencer*, que pone en acción de un modo implacable; *idea de maniobra*, que desconcierta al enemigo—cuando simultáneamente varias columnas coronan el Yebel Alam, el Caid Ftoh comenta: ¡Así, es claro, subiendo por muchos sitios a un tiempo...!—*grandes frentes de despliegue*—las siete columnas que operan en 1927 sobre el Tangania ocupan un frente de no menos de 50 kms.—*la continuidad de la acción*—se rompe también con el prejuicio de que sólo durante cuatro meses, en la sequía estival, podía operarse—y en fin la *explotación del éxito*, no solo en el campo táctico, sino también en el político. Este nuevo concepto de la guerra tiene en seguida su aplicación en las operaciones de ruptura del frente de Axdir, en la que los franceses han llamado «Batalla de los dos ríos».

El relato de estas maniobras, y la que de un modo subiguiente nos llevó a la ocupación de todo el Rif, la «algara» de

Capaz, en Gomara; la recuperación de Xauen y la campaña de otoño e invierno en Yebala; la de 1927, en Ketama, Gomara y al Ajmas Alto, constituyen la materia de los Capítulos siguientes hasta el octavo. El último lo dedica al desarme. Frente a la imposibilidad admitida de efectuarle, el General Goded se convirtió en el adalid de su realización. Se aplicó implacablemente la fórmula, «Tantos hombres, tantos fusiles». En los parques de Artillería entraron así recogidos a la rebeldía 62.000 armas de fuego.

El libro lleva unas ilustraciones del mayor interés. Y un prólogo extenso del General Luque, lleno de cariño para el autor. El prologuista refiere como, con ocasión de la huelga ferroviaria que abortó Canalejas, conoció al Capitán Goded, jovencuelo a la sazón, de cara tan anifiada, que parecía a lo sumo un cadete de tercer año. Algo vió claro el General Luque, Ministro entonces, que le hizo vacilar un porvenir brillante a aquel Oficial de Estado Mayor. Y es que a los hombres curtidos en la guerra, no se les pasan en vano ciertos rasgos de carácter. Cuando el joven, también, Bonaparte fue a Italia en aquella campaña de 1796 a la que tanto nos hemos referido, allí estaban ya aquellos Generales que se llamaban Angereau, Massena; Serurier, Laharpe... Cuando oyen hablar a Napoleón, Angereau exclama: «No se qué ascendiente tiene Bonaparte sobre mí, pero delante de él me siento como aplastado». Y Massena completaba el concepto: «Hemos encontrado el Maestro». No sería sino completar el paralelo si decimos que algo de esto le ocurrió también al Ejército de África después del desembarco.

Tal es el libro interesantísimo, en prosa fluida y ágil, pletórica de doctrina, del General Goded. Un libro interesantísimo por lo que dice; por lo que dice entre líneas, y por lo que no dice... ¡No es esta su menor virtud! En cierta ocasión felicitaba el articulista a un gran orador amigo que, en una conferencia, sobre tema espinoso, había deleitado a todo un vasto auditorio. «¡Ha estado Vd. muy elocuente!» — le decíamos — «¡Ha dicho Vd. cosas del mayor interés...!» Me atajó con esta lección de retórica: «La elocuencia consiste las más de las veces, no en el saber decir, sino en saber lo que hay que callar...» La lección alcanza también a la literatura, «qui n'ait su borner: ne sut jamais écrire!» También en esto ha sabido ser Maestro el General Goded.

José DÍAZ de VILLEGAS.

LA GUERRA SANTA POR MAR DE LOS
CORSARIOS BERBERISCOS, por Fernando de
Carranza. Imprenta «África». Ceuta. Un tomo en
4.º, 176 páginas con grabados. Precio: 4 Pesetas.

DE siempre es conocido, y muchas veces ha sido comentado, el contrasentido histórico que significa una nación como España abierta al mar por sus cuatro fachadas, con un desarrollo de costas muy elevado en relación con su superficie, que ha tenido un objetivo colonial extenso en continentes muy alejados y a la que faltó siempre un íntimo sentido de potencia marítima. Y reduciéndonos a lo que conoce por sí nuestra generación bastará recordar cómo fuimos desde el punto de vista naval, a las guerras de independencia de Cuba y Filipinas en las que unos heroicos marinos españoles salvaron con su sacrificio lo único que les era dable salvar, el honor.

¡Ah! pero aquella gran vergüenza no se repetiría, no podría repetirse. Y surgió la voz apocalíptica del gran Joaquín Costa, y vino la ley de 1903 (Ferrándiz-Maura) que marcaba una orientación sabia para establecer nuestro obligado poder naval; y la Ley de Bases Navales de Miranda (1915); y la continuación de ambos planes por el Directorio del General Primo de Rivera... y cuando entre la general indiferencia y el mayor desconocimiento íbamos reuniendo unidades bien elegidas y adecuadas a nuestras necesidades, cuando nuestras unidades y nuestro tonelaje empezaban a ser sumandos para constituir preponderancias, cuando nuestras bases navales empiezan a ser tenidas en cuenta... (barcos y bases navales es lo único que da prestigio exterior; discursos, proyectos, declaraciones... papel mojado) la opinión española sigue ausente de su vital interés naval y aun habla de hacer un alto en el camino y esterilizar una obra que debería ser eminentemente nacional.

Claro está que no nos extenderemos aquí, por fuera de oportunidad, en consideraciones sobre el hecho de que España, nación eminentemente marítima, viva con la espalda vuelta a su imperativo naval; Gonzalo de Reparaz lo ha analizado en forma completísima. Solo queremos señalar que ese dolor de la incompreensión española es uno de los que más vivamente palpita en la notable obra del Sr. Carranza.

En ella nos muestra también cómo la realidad geográfica e histórica se impone a veces a las aberraciones de gobernantes y opinión y así se ve en la acción de las marinas de Cataluña, del Andalus árabe, etc. Así también el hecho histórico de que quien domina una de las orillas del Mediterráneo pretenderá siempre dominar en la opuesta y puede constituir un constante y amenazador peligro. ¿Qué otra cosa Abd el Krim intentando en sueño de loca fantasía, instaurar un corso modernizado con algún aeroplano y alguna embarcación moderna llevando su acción a las costas del Sur de España y perturbando la navegación por el Mediterráneo Occidental?

Esa doble tendencia de españoles y marroquíes al término de

la reconquista española determina un forcejeo de tres siglos, lucha contra la piratería o *guerra del Mediterráneo*, como acertadamente le llama el Sr. Carranza. Los bereberes vencidos y expulsados, con hondos cariños hacia el país que tenían como su patria, con odio a los vencedores, conociendo las costas, en relaciones con los moriscos que les sirven de espías, comienzan una acción que es una parte de las luchas generales de piratería en todo el Mediterráneo y costa Atlántica marroquí. De nuestro lado, la unidad nacional no está consolidada, los señores que han hecho la guerra de la reconquista en su beneficio, actúan por inercia, por ideales religiosos, por afán de luchas y de conquistas, por medro personal (conglomerado complejísimo de causas determinantes), y aun habiéndose desviado ya la atención hacia América. Y se ocupan lugares de la costa que sufren el contraataque marroquí.

A veces la osadía de los corsarios es ya intolerable; las costas del Sur y del Este de España se llenan de torres vigías y las campanas de las iglesias dan gritos angustiados de alarma y los pueblos enteros más próximos a Marruecos viven en constante alerta. Ello no es absolutamente eficaz contra un enemigo pegagoso, que obra en pequeñas fracciones, en verdaderas puntas y guerrillas que escapan con facilidad. Entonces y ante el clamor de esos pueblos, que lloran los suyos que les fueron arrebatados por piratas, se organizan, con un poco de desgano por parte del Poder Central, expediciones contra los piratas que tienen siempre algo de sello personal de quien las ordena o quien directamente las dirige.

Y toda esta acción y reacción y toda esta preocupación marroquí de más de tres siglos que constituye el nervio de la obra del Sr. Carranza ¿cuántas enseñanzas encierran para España! ¿cuánto podría servirnos su relación con el conocimiento de nuestra historia! La expulsión a Marruecos de los vencidos, la posterior de los moriscos, el establecimiento en Marruecos de estos moros andaluces con los que hoy vamos a reanudar una acción civilizadora, los cautivos, las gestiones de todo orden a que dió lugar el procurar impedir el corso, el rescate de cautivos... La acción guerrera, las ocupaciones militares, los sitios de las plazas por los marroquíes, las vicisitudes de nuestros presidios, la ocupación de Argelia por los franceses en medio de la general indiferencia española que no supo ver lo que aquello podía significar (¡fatales gobernantes aquellos que no tienen siquiera la visión de un siglo!). Todo ello constituye la historia de Marruecos y una gran parte de la historia de España.

Por ello, recogerlo ha sido un gran acierto del Sr. Carranza que estudioso, trabajador infatigable, y hombre de gran inteligencia y patriotismo ha reunido en su libro datos del más alto interés.

Es imposible dar de él una referencia detallada por somera que sea; se trata de una obra de 176 páginas de apretado texto y como su estilo es sobrio, cada una de ellas encierra numerosas referencias de interés. Lo que sí puede asegurarse es que el libro del distinguido marino se incorpora a la buena documentación de la *Historia de Marruecos* como un testimonio serio y de alta valía, como algo constructivo y sólido.

A través de las páginas de *La Guerra Santa por Mar de los Corsarios Berberiscos* se advierten dos grandes preocupaciones patrióticas y sentimentales: una, ya la hemos señalado, la indiferencia con que se mira en España cuanto se relaciona con su poder naval; el lamentable olvido del estudio histórico de la guerra naval fecunda en enseñanzas.

La otra es la del español que asiste, desde un campo de observación bien interesante, al regateo y diaria merma del prestigio de la acción española en Marruecos. La comprendemos y la compartimos; pueblo, el nuestro, de soberbias cualidades de todo orden, que coloniza países en provecho de los demás y al que faltan cualidades que son fundamentales para triunfar en la lucha política con otros pueblos: programa de gobierno bien definido, nacional y continuo, disciplina, sentimiento colectivo, cultura... De otro modo se debatirá inútilmente en luchas intestinas que sangran y agotan; cada cual, justo es reconocerlo, creyendo servir mejor a España, en definitiva debilitando estérilmente nuestra fuerza en beneficio de los demás... ¡Triste resultado que debería hacernos meditar en cada hora!

Sin embargo, la semilla que hoy arroja en siembra patriótica el Sr. Carranza no será perdida, porque cae en terreno fecundo, porque vivifica las hondas raíces de nuestros más sólidos imponderables. Si como escritor africanista merece su obra los más sinceros aplausos, como patriota merece también la gratitud de los españoles. Tributos ambos que, en nuestra modestia, le rendimos con todo entusiasmo.

Tomás GARCIA FIGUERAS.

DON CANDIDO LOBERA GIRELA

Al entrar en máquina este número recibimos la triste noticia del fallecimiento de D. Candido Lobera Girela, fundador del hoy decano de los periódicos marroquíes «*El Telegrama del Rif*», infatigable luchador por el engrandecimiento y el progreso de la ciudad de Melilla, quien le debe una envidiable administración y una organización perfecta e insuperable de los servicios municipales. Descanse en paz el ilustre maestro de periodistas y eximio ciudadano y reciban nuestro pésame sincero sus familiares y su gran obra en vida «*El Telegrama del Rif*» orgullo de la prensa hispano-africana.

ECOS

EL EMPRESTITO DE UTILLAJE DE LA ZONA FRANCESA DE MARRUECOS.—Comentando el gran éxito que para el Marruecos Francés

—y, en la esfera de una meritoria labor personal, para M. Saint,—representa la aprobación por las cámaras francesas,—puede decirse que horas antes de su disolución,—del proyecto de empréstito marroquí tal y como había salido de la Alta Residencia Francesa de Marruecos, se ha dicho que marca una fecha memorable en la historia del protectorado francés marroquí, que determina un momento nuevo y una postura definitiva de Francia en Marruecos.

No puede negarse que la frase nada tiene de disparatada. Nunca pudo afirmarse más rotundamente una política colonial, como ha quedado afirmada la de Francia en Marruecos, no ya por el hecho, en sí importante, de la aprobación de un empréstito de la cuantía del aprobado y la rapidez y hasta la premura con que se ha hecho, salvando las contingencias de un interregno parlamentario y atendiendo justamente a la solicitud del Alto Residente Francés, («la situación, dice M. Messimy, presidente de la comisión informadora del Senado, financiera y presupuestaria de Marruecos se presenta bajo un auspicio tan favorable que ante la insistencia acuciante de el hombre eminente que preside los destinos del Marruecos Francés... os rogamos no retardeis, no obstante la precipitación con que nos ha sido sometido, el voto de utillaje en Marruecos»); sino porque la aprobación del empréstito significa ante todo una revisión de la labor del Protectorado. Es como un balance de errores, que los ha habido, y de aciertos, de fracasos y de éxitos, para venir a confirmar la orientación general hasta ahora seguida en el Protectorado, lo que significa darle un marcado sentido colonial, una decidida orientación económica; hacer de Marruecos una pieza más en el imperio colonial francés; sostener la política colonista frente a los matices más o menos templados del abandonismo y del puritanismo protector.

El empréstito puede paliar pasados errores, resolver momentos críticos y convertir a Marruecos en una respetable potencia económica. Por eso marca una época en la política y otra en la economía del Protectorado: 784 millones para Obras Públicas—puerto de Casablanca, 195 millones; puerto de Kenitra o sea Port Liautey, 140 millones; f. c. Uxda Bu-Arfa, 98 millones; carreteras, 102 millones; urbanización, 36—. Para Agricultura se destinan 461 millones—329 para trabajos hidráulicos, incluyendo varias canalizaciones, pantanos y presas, entre otras las del Um-er Rebia y del Muluya, mejora de algunos abastecimientos locales; 35 millones se asignan a la expropiación y parcelación de tierras colonizables y 17 a la repoblación forestal—. A Instrucción Pública se conceden 163 millones. 42 a Sanidad y a Comunicaciones telegráficas y telefónicas y a Correos 55. Para edificios públicos se destinan 20 millones y para servicios diversos 30.676.000.

En total, el montante del empréstito aprobado es 1.535.676.000 francos, que serán amortizados en un período de 75 años.

Los trabajos a que ha de aplicarse el empréstito y que se consignan en la misma ley, se distribuyen en dos etapas importantes: la cuantía de la primera 974 millones y los de la segunda etapa 560, para ser realizados en dos períodos de tres años cada etapa. A la terminación de la primera etapa el Gobierno Francés resolverá, a propuesta del Ministro de Negocios Extranjeros y del de Hacienda, si procede o no la realización total o parcial del programa de obras integrantes de la segunda. El plan de obras y la distribución de créditos que acompaña a la ley no puede ser modificado sino mediante Decreto del Ministro de Negocios Extranjeros, oído su colega de Hacienda.

La negociación del empréstito se hará por fracciones sucesivas, a medida que la realización de los planes de obras lo vaya exigiendo, autorizándose la emisión de cada fracción del empréstito por decreto de la Presidencia de la República a propuesta del Ministro de Negocios Extranjeros, fijándose en cada decreto el tipo de emisión.

Obligatoriamente ha de figurar en el presupuesto ordinario del Estado Marroquí la anualidad necesaria para asegurar el servicio de intereses y el porcentaje de amortización. Los ingresos y gastos afectos al empréstito figurarán en el presupuesto marroquí bajo el título de fondo de empréstito, cuya cuenta definitiva será sometida a la aprobación de las Cámaras legislativas francesas.

El servicio de intereses y de amortización del empréstito de utillaje, unido al de ferrocarriles que por valor de 954 millones de francos también ha sido presentado por el Gobierno a las Cámaras francesas, supondrán al cabo de tres años un aumento en las cargas del presupuesto del Protectorado francés, de 115 millones, que llegarán en los seis años a la cifra de 140 millones y que habrán de sumarse a los 200 que ya figuran actualmente para el servicio de deuda pública en el presupuesto marroquí.

Este total de 340 millones no es excesivo si se tiene en cuenta la fácil progresión con que viene aumentando la cifra de ingresos anuales del protectorado. La comisión dictaminadora del Senado hace observar que esta progresión no es probable se interrumpa, ya que basándose las ingresos presupuestarios principalmente en la tasa de importación *ad-valorem* y observándose

constante aumento en la población y en el consumo del Protectorado la cifra de ingresos reflejará constantemente estos aumentos. Además ha de tenerse en cuenta que la valoración y alza de las importaciones que la realización misma del plan de utillaje ha de producir en el vecino Protectorado, forzosamente tiene que tener una repercusión importante en el volumen de los ingresos tributarios, principalmente en la tasa de importación.

Para que pueda juzgarse de la progresión de ingresos presupuestarios, damos a continuación el estado que ha publicado la prensa francesa al comentar este tema:

Años	Francos
1913	17.649.024
1918	121.579.853
1920	300.653.114
1925	531.445.091
1929	917.823.866
1932	1.824.105.980

Sería exagerado suponer, dado el importe total a que alcanzan, tanto el empréstito de utillaje como el de ferrocarriles, que



EN EL CONSULADO ESPAÑOL DE UXDA.—El Cónsul Sr. Arévalo con los directivos de la casa de España y con las autoridades francesas de la ciudad, en la recepción con que fué solemnizado el aniversario de la proclamación de la República Española.

con ellos hayan de quedar cubiertas todas las atenciones imprescindibles para la habilitación y la puesta de valor de la vecina Zona, pero es evidente que ese esfuerzo económico constituye un paso importantísimo para su porvenir y que, como ya dejamos dicho, significa sobre todo la reafirmación en el Marruecos Francés de la política colonial tradicional y clásica de Francia.

Sin vacilaciones, ni rectificaciones, impuestas por las corrientes ideológicas predominantes en la actualidad en relación con la política colonial, Francia parece decidida a actuar en Marruecos como actuó en Argelia y Túnez, acentuando el sentido económico de su imperio ultramarino; como se propone actuar igualmente en su África Occidental y en su África Ecuatorial.

Francia se desprende de unos millones, de reintegro seguro y garantizado y de cuyos frutos ha de beneficiarse principalmente la emigración, el comercio y la economía francesas.